

# CAPÍTULO XXI

## La Cruz de Ordal

I

**M**ABÍAN pasado algunos días desde los sucesos que hemos referido anteriormente.

Era el 12 de septiembre.

La noche presentábase oscura y tempestuosa. Un viento abrasador agitaba las ramas de los árboles produciendo siniestros silbidos y levantando nubes de polvo.

Un relámpago seguido del ruido de lejano trueno iluminó el agreste paisaje en que se encontraban las tropas aliadas, desencadenándose desde entonces terrible aguacero.

Los españoles acampaban á la izquierda de la Cruz, extendiéndose por la carretera.

El furioso vendaval impedía oír ningún rumor.

Á las doce había cesado la lluvia, pero no el viento, que silbaba lúgubrementemente.

De pronto una descarga casi á quemarropa hizo ver á los españoles que tenían á los franceses de Suchet encima.

Era una columna á cuyo frente iba el general Mesclop, que atacaba con ímpetu violentísimo, con todo el *elan* que ha hecho famosas las cargas de las tropas francesas.

Sólo tropas españolas, dignas herederas siempre de los heroicos tercios de Flandes, podían resistir aquella tremenda acometida.

Los granaderos y cazadores del regimiento de

Aragón aguantaron la briosa carga sin ceder un palmo.

Los franceses retrocedieron, tomaron aliento y volvieron á embestir de nuevo con no menor violencia.

Otra vez se estrellaron contra el valor y serenidad de aquellos bravos.

En uno de los ataques cayó mortalmente herido el bravo coronel sir Federico Adams, que mandaba la acción, siendo reemplazado por D. José de Torres.

Los franceses comprendieron que no podían en manera alguna desbaratar la izquierda y dirigieron sus esfuerzos contra la derecha, compuesta tan sólo de tropas británicas.

II

Encargóse de ello el entonces valiente comandante y después famoso mariscal Bugeaud.

Bugeaud era el ímpetu en persona y arrolló como una tromba á los ingleses, que cedieron á la embestida furiosa del 116 de línea.

Rota la derecha, cedió al momento el centro, ó sea el reducto ocupado por los calabreses, que emprendieron á correr por aquellos montes en busca del puerto de Sitjes, abandonando los cañones del fuertecito.

Sola la izquierda, no podía resistir la embestida del ejército de Suchet en peso, y se replegó en buen orden hacia Martorell y San Sadurní, para reunirse á Copóns, como así sucedió sin el menor percance.

Lord Bentinck, que al ruido del cañoneo acudía á Ordal, llegó tarde, de modo que al ver que era inútil pensar en rescatar la posición, volvió grupas, ha-

ciendo cara, no obstante, á algunos escuadrones franceses que venían en persecución de los que se habían replegado. En cuanto á los calabreses, tuvieron la suerte de poder librarse de Decaén, con quien tropezaron, y amparados por Manso, que se los encontró, llegaron sanos y salvos á Sitjes.

Inquieto Suchet por la suerte de Decaén, á quien



Cantallops y su gente abandonaron el hostal (pág. 627)

había mandado viniese por San Felú de Llobregat, dirigióse hacia allí al objeto de auxiliarle, si por acaso se veía apurado, quedando en consecuencia abandonado por algún tiempo el puerto de Ordal, hallándose el resto de los acometedores á la otra parte de la cordillera, persiguiendo á Bentinck.

Era cuando los calabreses topaban en su desbandada con Decaén, siendo este encuentro la causa de la demora que inquietaba al duque de la Albufera.

El choque de los sicilianos contra los franceses fué la señal de su dispersión, y así se dieron todos á correr sin saber á dónde iban á parar, pero con intención de dar algún golpe de mano si podían.

No les faltó ocasión.

Tres merodeadores se dirigieron al hostal del Xireret, llamaron, pero nadie les contestó.

Recelosos, empero, de alguna nueva broma como la de la sandía, abstuvieron prudentemente de

querer entrar por la fuerza, y viendo que al parecer no había franceses por la cima, se dirigieron otra vez allí con ánimo de desbalijar á los muertos que había en el reducto y sus inmediaciones.

### III

De pronto distinguieron un hombre y una mujer al pie de la cruz. El hombre tenía aún un trabuco en la mano, como si hubiese tomado parte en la acción.

—Ellos son,—dijo uno de los calabreses á sus dos compinches.—Si ven que nos metemos en el reducto quizás lo dirán después á los españoles. Nos estorban para merodear. ¡Lástima grande, pues hay muchos ingleses que llevan los bolsillos llenos de onzas!

—No hay más,—dijo uno,—que quitárnoslos de delante. Primero al viejo.



—¡TÚ HAS SIDO, MAS NO TE ESCAPARÁS!



Y apuntando con su fusil le dió de lleno en el pecho, cayendo el infeliz Antón bañado en sangre.

—¡Los franceses!—exclamó otro que se preparaba ya para disparar contra Felisa.—¡Perdidos somos!

—¡Una idea! Peguemos fuego al bosque por esta parte para estorbarles el paso.

—Pronto, pues.

No costó mucho producir un incendio.

—¿Por dónde salir ahora?—exclamó el asesino de Antón.

—¡Corpo di Bacco! por la izquierda. ¡Sálvese quien pueda!

Los dos cómplices se perdieron de vista en un instante mientras el asesino no acertaba á salir, por miedo á tener que pasar por delante de Felisa.

## IV

La joven estaba arrodillada ante su padre, tratando de restañar la sangre que manaba de su herida y dando gritos de socorro.

Antón, con fuerzas todavía para hablar, murmuraba:

—Han sido italianos... Yo he visto al que huía...

—¡Padre! ¡Oh, qué infames! Mas yo os juro que no habrán de escapar. Yo sabré su nombre.

En esto, el asesino, colocado entre los franceses que subían por la parte de Villafranca, y la cruz, á cuyo pie estaban la víctima y su hija, decidióse á pasar por el lado de los últimos, presa, sin embargo, de supersticioso terror á la vista de la cruz.

Felisa oyó ruido en la maleza y volvió los ojos hacia allí, viendo al calabrés.

—¡Tú has sido,—exclamó,—mas no te escaparás!

El calabrés quedó inmutado al oír aquella voz y huyó lleno de espanto.

Felisa dejó á su padre, cogió el trabuco, cargado todavía, que estaba á su lado, y corrió tras del fugitivo.

Este se volvió é hizo fuego, pasando una bala junto al rostro de la joven.

Felisa apoyó el trabuco contra su cintura, dirigió su enorme boca contra el calabrés y soltó el gatillo.

Una tremenda detonación ensordeció los aires y se oyó un juramento.

Entretanto el incendio avanzaba rápidamente.

La joven miró al calabrés, que herido en el suelo,

contemplaba con espanto la proximidad de las llamas y dijo:

—Tú lo quisiste. Anda á hacer compañía á los otros dos.

En seguida corrió hacia donde estaba su padre, cargólo sobre sus espaldas y se encaminó á su casa.

—¡Padre!—exclamó.—Vengado estáis, tened valor ahora y no temáis por vuestra vida; pronto estaréis curado.

La herida no era, afortunadamente, penetrante, sino que la bala había circunvolucionado saliendo por la espalda.

—Voy á ver á madre,—dijo después de haber curado al valiente Antón.

La pobre mujer estaba muy enferma, en efecto, desde la terrible escena de los calabreses.

Felisa, sin embargo, parecía llevarles á todos la salud.

## V

Los franceses no habían conseguido nada con la semi-ventaja obtenida en Ordal, cuyo punto abandonaron en seguida, volviendo de nuevo á colocarse detrás del Llobregat: los calabreses, embarcados en Sitjes, desembarcaron en Vendrell y volvieron á ocupar á Villafranca, y los regimientos ingleses se acantonaron en Tarragona.

Aun pueden leerse actualmente en los claustros de aquella catedral los letreros, escritos en inglés, que indicaban el sitio que ocupaba cada compañía del regimiento alojado en dicho lugar.

Lord Bentinck, de cada día menos aficionado á la guerra, pidió volver á Sicilia y fué relevado por sir William Clinton, general de fama que tanto debía distinguirse después en Waterloo.

A consecuencia de la nueva organización dada por Napoleón á los ejércitos de Levante, encargóse Suchet del mando en jefe de todas las tropas que había en la corona de Aragón, largándose en consecuencia Decaén, gobernador general de Cataluña, nunca muy devoto del duque de la Albufera.

Éste, á quien gustaba darse tono, creyó del caso trasladar su residencia á Barcelona.

El ejército leal de Cataluña seguía á las órdenes de Copóns, que generalmente tenía su cuartel general en Vich.

En este estado permanecieron ambos ejércitos lo

restante de aquel año 1813. Las cosas no habían dejado de marchar bastante bien en Cataluña, donde se había rescatado á Tarragona del poder del francés, mientras seguía bloqueada Tortosa por el *Empecinado*.

En cambio, era de lamentar el verdadero saqueo de que era objeto Barcelona, sumida desde el pri-

mer momento en la dura opresión de los procónsules napoleónicos, lo cual no fué obstáculo para que Cataluña contribuyera en más de quince millones de duros para la causa nacional desde que había empezado la guerra, sin contar las derramas y repartimientos particulares de muchos pueblos (*Gaceta de Vich* del 16 de marzo de 1810).





# LIBRO SÉPTIMO

## LOS ESPAÑOLES EN FRANCIA

### CAPÍTULO PRIMERO

Allende el Bidasoa

I

SE acercaba el desenlace del gran drama empezado en las calles de Madrid el Dos de mayo de 1808.

Todo daba á comprender que la estrella de Napoleón iba á eclipsarse para siempre.

El Austria acababa de declarar la guerra al emperador, uniéndosele Rusia y Prusia.

El ejército anglo-hispano-lusitano, regido por el generalísimo Wellington, se aprestaba á cambiar la faz de la guerra invadiendo todo el suelo francés.

Había permanecido todo el mes de septiembre en las posiciones mismas en que lo dejamos, en las cumbres de los Pirineos occidentales, desde la desembocadura del Bidasoa á los Alduides.

Formaban la extrema derecha en los Alduides, D. Francisco Espoz y Mina con la 8.<sup>a</sup> división y la de Clinton; la portuguesa de Hamilton, la de Stewart y la de Hill; el centro, en Vera, D. Pedro Agustín Girón con el ejército de reserva, la división Longa y la inglesa de Alten, y la izquierda el cuarto ejército español de Freire con Bárcena, Porlier y Ezpeleta, la división Graham y la brigada portu-

guesa de Wilson, á orillas del Bidasoa, entre el monte Aya y el mar.

El generalísimo tenía el cuartel general en Lesaca.

Por su parte Soult había aumentado su ejército con 30,000 quintos, haciendo grandes obras de defensa en la línea del Bidasoa é introduciendo en sus tropas severísima disciplina. Tenía su cuartel general en San Juan de Luz, fortificando también mucho á Bayona.

Tal era la disposición de ambos ejércitos.

Los españoles iban á pisar suelo de Francia.

II

Era el 6 de octubre de 1813.

La noche era tempestuosa como pocas. Caía el agua á torrentes.

Los generales habían recibido ya el día antes la instrucción que señalaba á cada uno su lugar en el ataque.

La señal de avance debía ser para los ingleses un cohete disparado desde el campanario de Fuente-

rrabía, y para los españoles, una bandera blanca izada en la ermita de San Marcial, y si era de noche, tres grandes hogueras en la cima.

El avance debía verificarse á un tiempo en toda la línea.

Todos estaban impacientes porque se diera cuanto antes la señal.

—Tendremos que esperar á que baje la marea,—decían los que conocían el país;—lo menos hasta las ocho de la mañana no habrá descendido el nivel del Bidasoa.

Eran las ocho en punto cuando los españoles vieron izada la bandera blanca en San Marcial.

### III

Las divisiones anglo-portuguesas de la izquierda formadas en cuatro columnas vadearon el Bidasoa por los pasos de Fuenterrabía y Behovia; junto á ellas y más arriba, por Sarabuco, efectuáronlo Freire, Porlier, Bárcena, Ezpeleta y Goicoechea, teniendo que sufrir un fuego mortífero por parte de los franceses apostados en las alturas fronterizas.

De pronto cae atravesado el pecho de un balazo el bizarro coronel del regimiento de Benavente don Antonio Losada, y vacilan las tropas.

Ezpeleta ve aquello, arrebatada la bandera de manos del que la llevaba y se lanza al río.

El regimiento de Benavente, entusiasmado con aquella acción, lánzase en pos del general y se encuentra en la otra orilla, ardiendo en deseos de vengar la muerte de su querido coronel y de secundar el esfuerzo del valiente general.

Trepan ágiles y decididos por el fragoso terreno que se les presenta delante y se apoderan de Biriatou, desalojando de allí á los franceses que defendían el pueblo, mientras los voluntarios de la Corona flanquean la montaña de Mandale y clavan en la cumbre la bandera española.

Avanzan todavía más los nuestros y se apoderan de la Montaña Verde, desde cuyo punto pueden contemplar á los anglo-portugueses dueños de la montaña de Luis XIV.

No contentos todavía los nuestros con haberse enseñoreado de todas las posiciones marcadas en las instrucciones circuladas por Wellington, persiguen á los franceses camino de Urogue, haciéndoles numerosos prisioneros.

No se portaba menos bizarramente el centro, apoderándose Longa de los atrincheramientos de Vera, haciendo 700 prisioneros al enemigo y obligando Girón á replegarse á los imperiales al amparo de una ermita situada en lo más alto de la montaña de la Rhune, de donde acabaron de arrojarlos poco después los regimientos de las Órdenes y Almería.

Ya estaba dentro de Francia el ejército aliado, perdiendo Soult su primera línea. Los españoles habían experimentado sensibles pérdidas, 750 hombres, mientras que los ingleses sólo contaban 580 y 230 los portugueses. Dependía esto de haberse encomendado á los nuestros la toma de los puntos más escabrosos. La Rhune especialmente, era punto menos que inaccesible. ¡Bien se portó D. Pedro Agustín Girón, futuro duque de Ahumada!

### IV

Crítica era la situación del generalísimo, debiendo contener á la vez las intenciones, conocidas ya en San Sebastián, de parte de sus tropas, calmar á la vez las justas ganas de los españoles por desquitarse de los desaguisados cometidos en su tierra por los napoleónicos y refrenar prudentemente al paisanaje, que quería echar su cuarto á espaldas en punto á rechazar ó dañar cuando menos á los invasores.

De todo salió bien el *duque de hierro*. Impuso recio castigo á varios oficiales británicos que se habían permitido brutales atrevimientos en Urogue, mandó ahorcar á varios merodeadores españoles, y en cuanto á varios paisanos que le trajeron, acusados de haber hecho fuego en Roncesvalles contra Morillo, los envió bonitamente á Inglaterra en vez de fusilarlos, como hacían aquí los franceses con los guerrilleros. En punto á los soldados españoles no hubo necesidad de dictar orden alguna por portarse admirablemente y dar pruebas de la más severa disciplina, á pesar de las muchas privaciones y escaseces que tuvieron que sufrir.

Luego mandó Wellington echar tres puentes sobre el Bidasoa y esperar la noticia de la rendición de Pamplona para seguir el movimiento de avance hacia el interior de Francia, cuya fausta nueva se recibió el 31 de octubre, no cabiendo en ello poca gloria, por trabajo que nos cueste el decirlo, al conde de España, que demostró en todas ocasiones ser tan experto militar como bárbaro gobernante.

No quedaba en todo el Norte de España más plaza ocupada por los franceses que Santoña, bloqueada por Mendizábal.

## V

Soult se retiró á su segunda línea, detrás del Nivelle, formando dicha posición un semicírculo: á la de-

recha las eminencias de Socoa, frente á San Juan de Luz, Urogue y Ciboure, en el centro las alturas de Sase y la montaña de la Petite Rhune, y á la izquierda las montañas de Mondarín, la Espolette y Cambo. Todo el frente estaba defendido por reductos, atrincheramientos y árboles cortados, teniendo á sus pies el Nivelle y multitud de pantanos. Más



Ezepeleta... arrebató la bandera... y se lanza al río.

allá de la izquierda francesa estaba San Juan de Pie de Puerto, delante cuya plaza se encontraba Mina.

Como se ve, no podía estar más encastillado el duque de Dalmacia.

De pronto empezaron á caer grandes lluvias que entorpecieron la marcha de las operaciones, con gran descontento de los aliados, que ansiaban llegar de nuevo cuanto antes á las manos con los soberbios soldados de Bonaparte.

## VI

Espinosa, Méndez y Miranda, á las órdenes de D. Pablo Morillo, se encontraban en el campamento establecido en las faldas del Mondarín, formando en la extrema derecha de los aliados.

Miranda acababa de regresar de Pamplona, de donde había salido así que hubo entrado en la plaza con el conde de España.

Era aquel día el 2 de noviembre, aumentando la natural tristeza de la fecha el tiempo borrascoso que reinaba.

Alojados en una choza de pastores, llegaba hasta ellos la plañidera canturía de una aldeana que mecía á su hijo en una cuna en un cercano aposento.

Todos los presentes estaban tristes á pesar de las brillantes victorias conseguidas.

Faltaba allí Garroyo, con el cual era imposible la melancolía.

Miranda mismo, tan enérgico y resuelto siempre, sentíase poseído de la general tristeza.

—¡Cuánta sangre!—exclamó por fin Espinosa.

—¡Cuántos muertos!—murmuró Méndez.

—Acabáramos ya de una vez con ese monstruo,—repuso Miranda.

—Parece imposible que hayan trascurrido con tanta rapidez esos años de guerra que llevamos,—continuó diciendo el brigadier.

—Verdad es,—replicó Méndez.

—Yo creo que estoy soñando siempre,—agregó Miranda.

Callaron los tres hombres, oyéndose tan sólo la melancólica *complainte* de la pastora.

—Comprendo todo lo que estáis pensando,—dijo al cabo de un rato Miranda.—¡Día es el de hoy que debe inspirarnos tristísimos recuerdos! ¡Dios nos perdone á todos y á los seres que lloráis ahora vosotros!

—Razón tienes, Miranda,—contestó Espinosa.— ¡Pobre Rosario! ¡Pobre Matilde!

—¡Quién hubiera podido presumir jamás que tal debiese ser su fin!—dijo Méndez.

—Parece que haya pesado sobre vosotros extraña fatalidad,—replicó á su vez Miranda.—En cuanto á mí, ¿quién sabe lo que me tendrá aún reservado el destino?

—Cuando recuerdo el fin que tuvo Rosario, no puedo menos de sentirme afectado en lo más profundo de mi alma. ¡Malhadada hora la en que marchamos á Dinamarca!

—No malhadada, bendita mil veces,—murmuró Méndez.

—Perdóname, Enrique, mis palabras.

—Sí,—prosiguió diciendo Méndez con exaltación,—fué aquel tiempo el más feliz de nuestra vida. Yo amé por vez primera, con toda la vehemencia de mi alma; tú, al lado de Rosario, eras dichoso, dichoso inmensamente, al ver palpable la abnegación de la desdichada niña; no me niegues que sentiste extrañas y deliciosas emociones al convencerte de la pasión de Julieta, y, por fin, Garroyo encontró allí los tesoros de amor de la generosa Petra... ¡Juventud! Allí te dejamos para siempre, en las frías y monótonas islas dinamarquesas. ¡Todo para mí se ha desvanecido como el humo! No así vosotros. ¡Dios quiera que por larguísimos años podáis tener el consuelo y la envidiada dicha de poseer una Estrella y una Carmen!

Nada contestaron los dos amigos, en cuyos semblantes se leía profundo enternecimiento al pensar en la desventura de Méndez.

—¡Cuántos muertos en pocos años!—continuó diciendo éste.—¡Julieta, Matilde, Rosario, fantasmas adorados que venís á visitarnos en sueños! ¡Como un soplo os desvanecisteis después de habernos aparecido como graciosas visiones del mundo ideal! Más, más espíritus que se ciernen sobre nuestras

frentes: allí veo á Dupuy y á Kindeland, los infames traidores, semejantes á dos sombras del infierno; allí á Juana y á Aráztegui, que ni aun después de purificados por el fuego de la ardiente selva osán levantar del suelo la cabeza; allí á fray Anacleto, expirando entre visiones desesperantes, y al conde de Latour cayendo deshecho el cráneo por caballeresco impulso...

—No los ves á todos como yo,—repuso Miranda, con sombrío acento.—Extiéndese ante mí horrendo campo de nieve, todo nieve, nieve hasta el cielo. ¡Vieras esos miles y miles de cadáveres que yo veo, vieras esas horribles escenas de degüello y miseria, de incendio y desolación! Mira allí á Conrado Walewsky, atravesado á balazos; mira á Lanjuinais helado, abandonado; mira esos millares de cadáveres medio calcinados y congelados por la otra mitad y mira cómo arden las ciudades y las aldeas, los bosques y los castillos, lanzando sus rojos reflejos sobre el blanco manto de toda la Rusia... No, no habéis visto el horror en todo su espantoso mayor grado; no habéis visto matar el amigo á su amigo más querido para arrebatarle un trozo de caballo ó un puñado de harina. ¡Rusia! ¡Visión terrible! ¡Visión de fuego y sangre!

—Estamos trastornados todos,—dijo á su vez Espinosa.—Tú has visto escenas de tremendo horror, yo recuerdo escenas de terribles sacudimientos... Recuerdo á la abadesa de Santiago entregada á un militar francés... A Aurora en brazos de un polaco... Recuerdo á la viuda de Antonio Albenza próxima quizás á dar de nuevo su amor... ¡Oh, corazón humano! ¡Qué sacudimientos los tuyos, qué trepidaciones las que te hacen vibrar á veces con más violencia que desatado huracán!

—Muévennos á voluntad fuerzas extrañas,—exclamó Miranda.—La revolución ha trascendido de las colectividades á los individuos. Los corazones no están seguros. No parece sino que estamos engendrando sentimientos nuevos para la generación que nos ha de suceder.

—El mundo sufre estremecimientos que se traducen en sacudidas de las naciones y los hombres,—contestó Miranda.—Cosas he visto que á pesar de haber visto tanto me han producido profunda impresión: gentes al parecer indignas que poseían un corazón hidalgo, madres que no parecían tales y lo han demostrado en el trance terrible de serles roba-

dos sus hijos. ¡Dichosa la calma de la paz! ¡Dichosa la humildad de la virtud!

—El heroísmo atormenta,—dijo Méndez.—El corazón se deshace á puro sentir grandes cosas.

—Nunca tanto como ahora,—repuso Miranda.— ¡Cansados estamos todos de sentir tanto! Devóranos á todos el ansia del ideal; no contentos con amar lo que ama todo hombre, una mujer, vamos tras de ese fantasma de libertad para hacer felices á todos.

—Es el sentimiento que reemplaza al de los antiguos místicos, más difícil, empero,—replicó Méndez.— ¡Oh, pueblo! ¿Qué poder tienes para avivar así la llama del sentimiento, para enardecer de tal manera los corazones y hacerte amar con toda la pasión de un ideal que querer reducir á la realidad?

— ¡Todo se lo merece el pueblo!—dijo Espinosa.— El pueblo es Madrid, Zaragoza, Gerona, Astorga, Ciudad Rodrigo, Tarragona, Tarifa, Cádiz; es *el Empecinado*, es Mina, es Porlier, es Manso, es Villacampa. ¿Cómo no querer á un pueblo si es así?

—El alma se engrandece al consagrarse al amor de muchos,—contestó Miranda;—yo he visto más que un pueblo, yo he visto á los mujicks de Rusia: cada mujick vale más que el primer magnate.

## VII

Los tres hombres guardaron silencio, embebidos en hondos pensamientos.

Había cesado el canto de la madre y sólo se dejaba oír el incesante rumor del aguacero.

Espinosa, Miranda y Méndez permanecieron largo rato en aquella meditación, abstraídos de cuanto los rodeaba, pensando cada uno en los muertos que le eran queridos.

Parecía que en aquel día solemne y antes de romper de nuevo el fuego quisiesen los tres rebuscar en su conciencia por sí tenían algo de que pedir perdón á las sombras que se les aparecían.

Los tres hombres sentíanse tranquila la conciencia.

Al fin Miranda rompió el silencio y exclamó:

— ¡Ah! Si en vez de Staaps me hubiese tocado á mí hundir el puñal en el pecho de Napoleón, no habría visto quizás morir á los centenares de miles de hombres que han contemplado mis ojos. ¡Guerra, guerra al monstruo! ¡Guerra al causante de todas las lágrimas que se vierten en el mundo! ¡Muera el funesto vencedor de Austerlitz y de Friedland! ¡Mue-

ra el fatal vencido de Rusia, donde perdió medio millón de hombres! ¡Muera el maldecido derrotado de Leipzig, donde ha dejado trescientos mil cadáveres! No pensemos más que en librar al mundo de un tirano. ¡Abajo la fiera que devora la sangre de Europa! ¡Compañeros, amigos, desechemos las tristes ideas que nos distraían de cumplir con nuestro deber! ¡Guerra á muerte al verdugo de la humanidad! ¡Guerra á muerte á Napoleón Bonaparte!

— ¡Tú lo has dicho!—exclamó Espinosa.— ¡Guerra al infame!

— ¡Matemos á los que matan!—murmuró Méndez.

## VIII

El toque de llamada interrumpió la conversación. Los tres militares parecieron salir de un sueño y sus semblantes recobraron la expresión habitual.

El sol se dejaba ver de nuevo, iluminando con sus últimos resplandores la alta cumbre del Mondarín, árido y peñascoso como un inmenso gigante de piedra desollado.

El toque de llamada era para que se reuniesen todas las fuerzas de la derecha al objeto de pasarles revista el comandante general de aquella ala, sir Rolando Hill.

Formaron en las faldas del monte las divisiones inglesas Stewart y Clinton, la portuguesa de Hamilton y la de Morillo.

Hill se mostró altamente satisfecho de la policía de las tropas y pronunció una breve alocución manifestando que se acercaba el momento de romper de nuevo el fuego. Distinguió mucho, sobre todo, á Morillo y á los generales que le acompañaban, haciéndoles presente que á la división española tocaría lo más difícil de las operaciones que en breve iban á emprenderse.

El espíritu del ejército aliado era excelente; su presencia en el suelo francés había acrecentado su confianza, y el papel inverso que desempeñaban ahora, tomando la ofensiva en vez de limitarse á repeler á los invasores, convertía á cada soldado en un igual á los aguerridos veteranos imperialistas.

¡Qué cambio! En vez de encontrarse los napoleónicos en país extranjero combatiendo para arrebatarse su libertad, en vez de hacer fuego contra austriacos, rusos, prusianos, españoles ó alemanes, tenía que atender ahora á procurar que los españoles, ingleses y portugueses no se metiesen en París.

## CAPÍTULO II

### Allende el Nivelles

#### I

LA noche del 9 de noviembre dióse la orden de estar todo dispuesto para el ataque al siguiente día.

Los aliados guardaban la siguiente formación: derecha, Hill con las divisiones que ya sabemos, delante de Mondarín, Ainohue y el Cambo; centro derecho, Beresford con Colville, Lecor y Lowry Cole; centro izquierdo, Girón con el ejército de reserva de Andalucía, división ligera del barón de Alten, división Longa y 4.º ejército español con Freire, Bárcena y Barco, teniendo de reserva á Porlier; el centro debía atacar la montaña de la Petite Rhune, Sare, Ascain y Choquetemborde; izquierda, Hope, sucesor de Graham; dicha ala debía limitarse á aprovecharse de cualquier descuido del enemigo.

El generalísimo tenía su cuartel general en el centro.

No había amanecido aún cuando se movieron todos los cuerpos, empezando el ataque sir Lowry Cole, que se apoderaba al cabo de una hora de violento fuego de un reducto á la izquierda de Sare, mientras Girón ganaba á su vez dicho pueblo, después de una tenaz resistencia. La brigada española, guiada por D. Juan Dounie, fué la que entró primero en aquel lugar, señalando su presencia en el mismo con un gran repique de campanas. Por su

parte, la división ligera de Alten habíase enseñoreado también de la Petite Rhune, no quedando á los franceses de su atrincherado y fuerte centro más que un gran reducto.

Eran las diez de la mañana y Wellington decidió dar un ataque general para apoderarse de aquel formidable obstáculo; atacaron Girón y Longa con sin igual denuedo, y al cabo de breves horas caía en su poder el reducto, con los 560 hombres que lo defendían.

Por su parte no conseguía menos triunfos la derecha; Morillo acometía los apostaderos enemigos de la falda del Mondarín, Stewart atacaba al enemigo por retaguardia y el general Hill le arrojaba de Ainohue.

A su vez el general Freire tomaba á Ascain, y Hope el reducto de Socoa, contribuyendo también de este modo la izquierda aliada al feliz éxito del avance general.

A las cuatro de la tarde, en todas las posiciones ocupadas por Soult el día antes, flotaban las banderas aliadas.

#### II

Soult intentó un último esfuerzo antes de encerrarse en el campo atrincherado que tenía dispues-

to en Bayona y se hizo fuerte en una eminencia situada detrás del Nivelles, llamada de Saint-Pe.

Eran unas alturas escarpadísimas, casi inaccesibles. El río venía crecidísimo y era impetuosa su corriente. Por fortuna no había cuidado el francés de volar en su retirada tres puentes por donde podía atravesarse, fronteros al pueblo de Saint-Pe; Beresford atacó aquellas encumbradas cimas y aventó de allí á los franceses, cuya ala derecha se encontró con dicho general á retaguardia.

Al punto procuró Soult sacarla de aquella peligrosa situación, haciendo que se abandonara San Juan de Luz y se rompieran los puentes que establecen comunicación entre las orillas del Nivelles, cerca de su desembocadura en el golfo de Vizcaya, reconcentrando en Bayona los 60,000 hombres que constituían su ejército.

Por la noche las tropas aliadas vivaqueaban á la derecha del Nivelles, y Wellington establecía su cuartel general en San Juan de Luz.

Los aliados habían perdido 3,000 hombres, pero mucho mayor número los franceses, cayendo además en poder de los primeros 51 cañones, 1,500 prisioneros y 400 heridos.

### III

El mal tiempo impidió continuar avanzando, por lo cual decidió Wellington no pasar más adelante por entonces. Los ríos y arroyos venían muy crecidos todos, siendo muchos de ellos imposible de vadear, y reinaba, además, cuando cesaba la lluvia, una niebla densísima que no dejaba percibir los objetos aun á corta distancia.

El generalísimo decidió, pues, asegurar sus estancias y estableció una línea defensiva que empezaba en Biarritz, seguía por la carretera hasta Arrangues y proseguía por la izquierda del Nive por Arrauntz, Ustaritz, Larresore y Cambo.

Todo iba bien en cuanto á gloria, pero esto no bastaba. El ejército invasor experimentaba terribles penalidades, siendo las subsistencias de cada día más difíciles. Cierto es que de Inglaterra se enviaban víveres por mar, pero los fuertes temporales impedían que los buques pudiesen llegar cuando se los esperaba. No había más: reinaba el hambre...

En punto á abastecimientos que llegasen de España por tierra, poco había que contar con ellos; man-

dábanse á precio de oro algunos ganados procedentes de las más lejanas provincias, que generalmente iban á parar á poder de los ingleses que los pagaban á precios fabulosos, pero nada más; España estaba exhausta, miserable, desprovista de todo. Nuestros soldados no tenían tiendas de campaña, ni vestuario, ni camisa, ni zapatos, ni había allí hospitales, ni medicinas, ni nada. «Consecuencia necesaria.—dice Toreno,—ya de los males que abrumaban á todos, y procedían del mismo origen, y ya de los que eran peculiares á los españoles, agotados sus haberes y caudales con la prolongada guerra y no ayudados por la administración pública, nunca bien entendida en sus diversos ramos y no mejorada ahora; dolencia añeja y como endémica del suelo peninsular, á los remedios muy rebelde y de curación enfadosa y tarda.»

¡Profeta fué en esto el eminente historiador! Cuarenta y cinco años han pasado desde que escribía las anteriores líneas, y si resucitase el autor, quedaría pasmado al ver que la cosa... está peor que entonces.

### IV

Semejante situación fué causa de que Wellington experimentase la más viva inquietud respecto á lo que podrían hacer las tropas cuando se viesan reducidas á tener que perecer de hambre ó poco menos.

No es esto decir que se hubiese presentado el menor síntoma de indisciplina; pero nadie podía asegurar que la abnegación de los soldados llegase hasta el punto de caer desfallecidos de necesidad, sin procurar antes adquirir por fuerza lo que no se podía tener de grado.

Dábanle cuidado sobre todo los españoles, más necesitados aún que los ingleses y con mucho mayor motivo encolerizados contra los franceses que habían arruinado su nación, que no los británicos, que se habían visto libres de la presencia de bonapartistas en su isla.

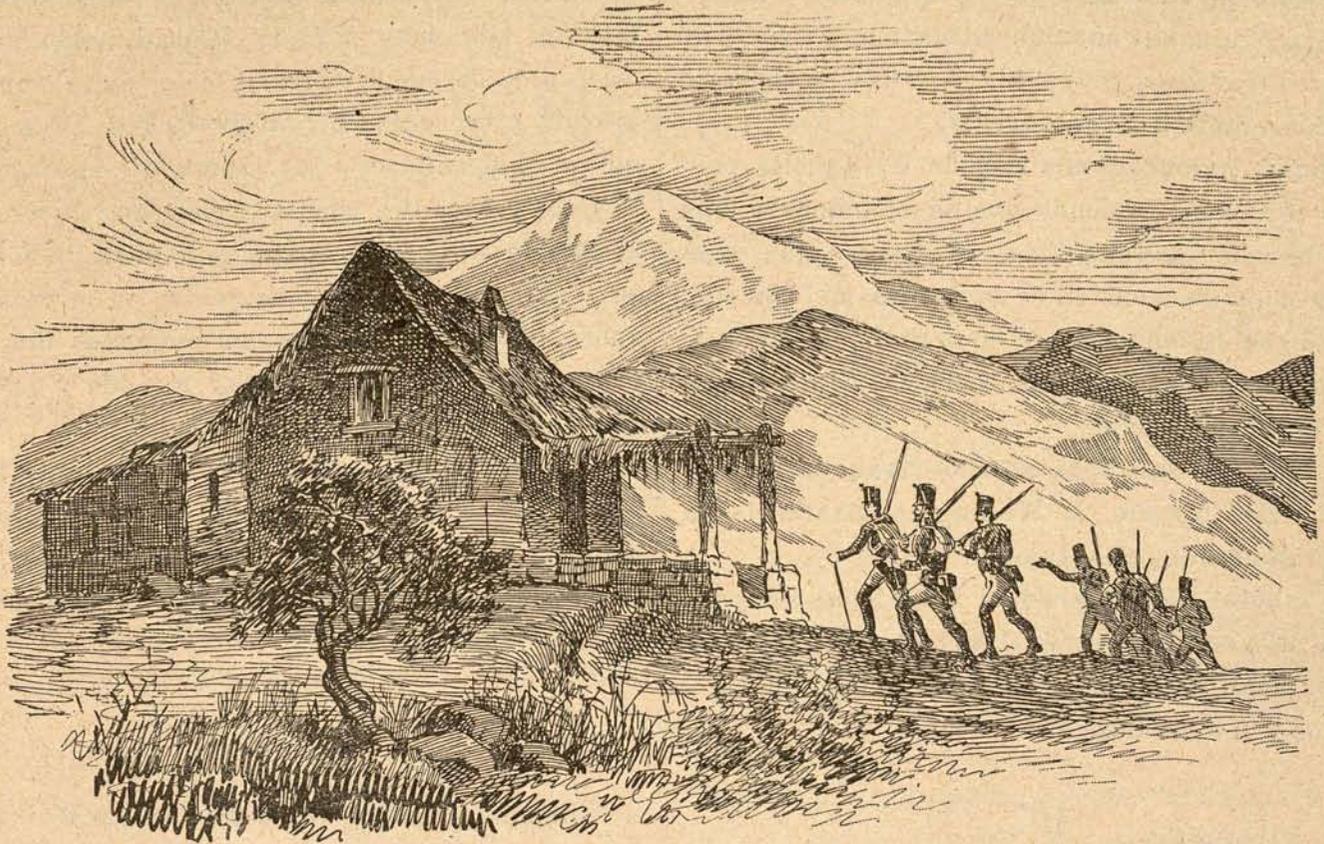
El mal tiempo impedía continuar de pronto las operaciones, y el generalísimo resolvió desprenderse de algunas fuerzas que no necesitaba por entonces.

Esto hizo que diera orden á Freire para que volvieran á España los ejércitos 4.º y de reserva, excepto la división Morillo; así se hizo, y en conse-

cuencia las divisiones Bárcena y Losada acamparon en las cercanías de Irún, donde tenía Freire su cuartel general; Longa se fué á Castilla, D. Carlos de España continuó en Pamplona, Mendizábal bloqueando á Santoña, Mina y Porlier cercando á Jaca, y el ejército de reserva, al mando de Girón, se instaló

por todo el valle del Baztán, alejándose después hacia Puente la Reina y pueblos inmediatos.

Sólo quedó con los ingleses la división Morillo, que ocupaba el extremo de la derecha, es decir, el pueblecillo de Cambo, al pie del Mondarín, por la parte que mira á Francia.



...había una choza de pastores...

## V

En un delicioso valle, á poca distancia del pueblo y en el punto mismo donde se levanta hoy un elegante balneario, había por aquellos tiempos una choza de pastores, cuyos habitantes habían debido estrecharse un poco para dar alojamiento á doce soldados españoles, cazadores de la Unión.

Componíase la familia de un viejo, una muchachuela de unos quince años y una mujer de cuarenta, madrastra de la niña. El hombre, llamado Pedro Jáuregui, había sido gran contrabandista en sus verdes años y guardaba todavía de su antiguo oficio el instinto belicoso y la audacia de las resoluciones; á pesar de sus sesenta y pico temíanle los moradores del valle, á lo cual no dejaba de contribuir también su figura poco tranquilizadora, ya que era duro y bravío su rostro, recia su complexión y certero el tiro de su fusil, que no dejaba nunca. Usaba

boina, zamarra de pieles y zuecos, y sus vacas tenían fama de ser las mejores de Cambo y sus contornos.

No causaba tanto miedo Jaquelina, que así se llamaba la muchachuela; y si ningún mozo de por allí se había atrevido á decirle nunca: —¡Buenos ojos tienes!—á pesar de ser esto una verdad como un templo, no era ciertamente por falta de admiradores, sino por respetuoso miramiento al cayado y á la honda del tío Pedro, nada sufrido respecto á este particular. Y no era que por su parte diese grandes pruebas de mimo á Jaquelina, pues la pobre iba siempre descalza, sin más envoltorios que una camisa de algodón y unas sayas de bayeta, lastimosamente injuriadas por la acción de los tiempos. No obstante, en las épocas de frío usaba Jaquelina un pellico heredado de su madre, amén de unos enormes zuecos cuya construcción se remontaba, sin duda, al tiempo de Enrique IV, según era su hechura.

Tal simplicidad en su *toilette* no impedía, sin embargo, que Jaquelina fuese una criatura enormemente seductora, á pesar de su tez ultra-trigueña. Su cabellera era una enmarañada é inextricable selva de ensortijado y negrísimo pelo, fuerte y mate, que según su independiente voluntad ora jugueteaba por la cara, ora caía formando verdaderas cascadas por las desnudas espaldas, rebasando los límites de la cintura, como una crin. Bajo la frente estrecha y semilunar formaban las cejas dos arcos dulcemente curvos, vecinos á unas larguísimas pestañas que sombreaban dos ojos grandes, salvajes, como los de un antilope, ojos sin blanco apenas: tanta era la magnitud de las niñas. No diremos si la nariz podría haberse aproximado algo más al ideal griego de lo que era en realidad, pero, así y todo, nada podía oponerse á su caprichoso arremangamiento, contenido, sin embargo, dentro los límites de lo *charmant*; la boca parecía haberse terminado apresuradamente sin darle tiempo para perfeccionar los ángulos, que eran redondos y no permitían pudiese cerrarse nunca del todo, inconveniente que permitía admirar en toda ocasión los dientes blancos y apretados de la muchacha, de la cual diremos, para terminar pronto su vera efigies, que era alta, lozana, esbelta y fuerte. Sabemos de buena tinta que habiéndola visto un día el rector de la Academia de Bayona, que fué á Cambo á tomar las aguas sulfurosas, exclamó: —*¡Es una Venus agreste!*

Respecto á Úrsula, que así se llamaba la madrastra, había sido una hermosura de Arlés, de cuyo primitivo estado conservaba todavía algunos buenos restos; sin embargo, inspiraba viva antipatía su mirada dura, que contrastaba con la mirada virginal de Jaquelina. Iba vestida según el modo de las labradoras ricas y se decía que el tío Pedro estaba de ella furiosamente celoso, si bien Úrsula le tenía verdaderamente metido en el bolsillo.

Debemos completar este rápido croquis diciendo que el tío Pedro Jáuregui era bonapartista furioso á pesar de haber perdido un hijo en Austerlitz, otro en Friedland y otro en la jornada de Espinosa de los Monteros.

## VI

La presencia de los cazadores de la Unión introdujo, como es natural, la más profunda alteración en la familia.

El tío Pedro no podía dominar el humor de todos los diablos en que le había puesto la invasión de su choza por los españoles. Su corazón de bonapartista sufría dolores sin cuento al ver en tierra de Francia á los descendientes de Bernardo del Carpio, y su cuidado de esposo veíase expuesto á los más insupportables sobresaltos al ver ocupada su casa por doce buenos mozos.

Úrsula, por su parte, ardía en ira rabiosa al considerar que aquellos extranjeros iban á ocasionarle crecidos gastos, lo cual era, para la avarienta y miserable mujer, mil veces más cruel que las más sangrientas humillaciones del patriotismo.

Porque Úrsula era una implacable usurera, modelo de codicia y de áspera sordidez.

El tío Pedro descollaba por su carácter violento é intratable, pero su mujer era aborrecible por sus vengonzosos manejos para allegar un franco, sin piedad ni compasión.

Odiaba, además, con mortal rencor, á Jaquelina, reducida á ir vestida con los andrajos que á la madrastra no servían.

Pedro Jáuregui no se atrevía á contradecir á la terrible arlesiana, y se limitaba á evitar que nadie se acercase á su hija.

## VII

Hacia dos días que los soldados se encontraban en su estrecho alojamiento, sin que pudiesen alabarse de haber conocido todavía las grandes excelencias *du beau pays de la France*.

En punto á alimentación, habíanse debido limitar á comer castañas, bajo todas las formas y maneras de que son susceptibles de ser comidas. En cuanto á pan, no lo había, ni mucho menos carne y menos todavía vino.

Por manera que si la sabia naturaleza no hubiese dispuesto que las castañas viniesen por Todos los Santos, es seguro que los doce cazadores de la Unión se hubiesen muerto de hambre.

Sin embargo, aquella castañofagia se hacía ya pesada, por lo cual se encargó á uno de los más caracterizados cazadores ver de entrar en negociaciones con Pedro Jáuregui para ver si era posible variar algo aquel régimen excesivamente frugívoro.

El comisionado era un bravo mozo de Figueras llamado Ballester.

—No hay otra cosa,—respondió secamente el amo, al venirle el cazador con la embajada.

—Con todo, quizás la patrona hallaría medio de procurarnos, pagando, por supuesto...

—La patrona no ha de cuidarse para nada de vosotros.

—Perdonad, patrón, pero creo que quien cuida de una casa es la mujer.

—Excusad palabras. Mi mujer es como si no existiera para vos y los demás, y jamás os permitáis ponerla otra vez en boca.

Ballester era algo vivo de genio, pero se contuvo al ver que el tío Pedro casi le triplicaba la edad.

—Bien está, patrón,—contestó;— comeremos castañas y no os hablaremos ya nunca más de vuestra mujer.

Ocurría esto al mediodía y los cazadores resolvieron salir de la choza, aprovechando el sereno, para ver si podían dar con algo que pudiese reemplazar los eternos *marrons*.

¡Oh dicha inefable! Ni que hubiesen sido onzas de oro hubieran tenido igual alegría nuestros beneméritos militares al ver el bosque adonde habían ido á parar entarugado enteramente de setas.

—¡Soberbio plato!—exclamó un granadino.—Bien venido sea á falta de gazpacho.

—¡Oh! ¡Quién tuviera un poco de aceite!—repuso un manchego.—Nunca están tan sabrosas como fritas.

—Estén como quieran,—añadió un extremeño.—Sin jamón, lo mismo me da comerlas de un modo que de otro.

—Si estuviésemos en Tarragona,—exclamó uno del país,—veríais lo que es bueno acompañando á una *coca*.

—Por desgracia estamos en Cambo,—repuso un cordobés,—y tenemos tanta hambre que no podemos esperar á volver á España para guisarlas de la manera más á propósito. Soy de parecer, pues, que comamos en seguida.

—¡Comamos!

—¡Comamos!

## VIII

Los soldados encendieron una hoguera, se sentaron alrededor y cada uno puso sobre las brasas los hongos que había recogido, dando cuenta de ellos en breves minutos.

—¿Sabéis que el patrón me está cargando ya?—dijo el cordobés, que era un arrogante mocetón de linaje indudablemente árabe, aunque se llamaba Cruz.

—Dejarlo: es viejo,—contestó Ballester.

—Sin embargo, no se le puede aguantar con su cara de vinagre,—replicó el manchego, que había echado de menos el aceite.

—No creo que pueda hacerle mucha gracia verse la casa llena de enemigos,—añadió un gallego.

—Con todo, me parece que pagando, bien podría servirnos en algo,—objetó el tarraconense.

—Pues yo estoy resuelto á no reparar ya más en si es joven ni en si es viejo,—dijo á su vez uno natural de Ibros;—y si le veo comer *potaje* de coles y patatas como ayer, me dirá, como hay Dios, dónde hay patatas y coles.

—No demos ningún escándalo,—replicó Ballester.—Demostremos la diferencia que va entre ellos y nosotros.

—Es que no sólo comen coles y patatas,—dijo á esto el tarraconense,—sino que la noche que nos alojamos ví un bacalao en la despensa como no haya visto yo otro tan desmesurado. ¡Oh! ¡Quién pudiera comerlo con *romesco*!

—¡Quita!—exclamó un hijo de Bilbao.—No hay bacalao como el que se guisa en mi tierra, á la vizcaína.

La discusión culinaria amenazaba convertirse en una tumultuosa disputa, cuando una piedra de pequeño tamaño, disparada desde lo alto de un ribazo, vino á dar en el ala posterior del sombrero de Ballester.

—¡Eh! ¿Quién es el que se bromea?—exclamó levantándose y dirigiéndose hacia aquella parte.

—Eso no vale,—dijo el cordobés.—Hubiese sido un pan ó un queso, podría pasar; pero no estamos aquí para comer piedras.

En esto Ballester, que había llegado hasta el ribazo, volvióse hacia sus compañeros exclamando:

—¡Viva! ¡Aquí hay pan y queso!

Cruz palideció exclamando:

—¿Habrás brujas en esta tierra?

## IX

Los soldados creyeron soñar al ver un pan de extraordinario tamaño y un queso enorme al pie de un roble.

—¡Diablos! ¿Estaremos en Jauja sin saberlo?— dijo un tarifeño que había oído contar muchas cosas del Perú.

—¡Qué sorpresa!

—¡Qué milagro!

—¡Qué gusto!

—¡Qué hallazgo!

—¡Qué fortuna!

Tales fueron las frases que se escaparon respectivamente de boca del granadino, el tarraconense, el cordobés, el extremeño y el gallego.

Once bocas comieron en menos de cinco minutos y medio el gran pan y el extraordinario queso, once solamente, porque Ballester parecía que pensaba en cosas muy distintas que en comer.

Había visto lejos de allí unas vacas y en pos de ellas un zagalejo encarnado que se volvía.

### X

Los soldados se disponían á regresar á la choza, cuando Ballester les dijo:

—Desearía me hicieseis todos un favor.

—Habla,—contestaron en coro los camaradas.

—Nada dejéis traslucir al patrón y menos á la patrona de este hallazgo.

—Bien está,—exclamaron algunos.

—¿Nos ha de comer el patrón acaso porque se lo digamos?—replicó uno que hasta entonces no había dicho nada.

—No nos comerá, ciertamente,—replicó Ballester, —pero si se lo dices, corres peligro de no volver á encontrar en toda tu vida ni queso ni pan: ¿gientendes?...

Ballester había dicho esto en tono tan provocativo que el hablador de última hora creyó conveniente volver á su anterior silencio.

—Nada diremos,—agregó á lo anteriormente expuesto el cordobés, tenido por el gallo de aquella reunión.

—Nada absolutamente,—dijo á su vez el gallego, que se consideraba como el último.

Los cazadores llegaron á la choza y vieron pasar por delante de sus ojos á Úrsula que se dirigía á una pieza separada, donde comía la familia, con un pan y con un queso exactamente iguales á los que habían encontrado al pie del roble.

—¡Qué bien come esa gente!—exclamó el gallego.

—Pues no costaría nada comer tan bien como ellos,—replicó á su oído el hijo de Ibros.—Veremos mañana.



## CAPÍTULO III

### Jaquelina

#### I

CONOCIÁSE que algo grave debía pasar á Ballester.

No había dormido en toda la noche.

Y se había levantado antes de rayar el alba, encaminándose al bosque.

Allí se detuvo al pie del mágico roble de la tarde anterior, pareciendo como si debiera esperar algo.

Hacia cosa de media hora que permanecía en dicho sitio cuando se oyó el lejano ruido de un esquilón.

Y luego el mugido de unas vacas.

Y después una voz argentina, dulce, grave, una voz de mujer que cantaba una canción del país.

Era una melodía monótona, llena de penetrante tristeza.

*Anne prend la quenouille  
au lever de l'oiseau...*

Ballester se estremeció así que la voz se fué acercando más y más.

Por fin apareció una vaca en lo alto de un sendero, dejando sonar su esquila.

Y siguieron dos más, semejantes á marmóreos monumentos que anduviesen.

De pronto la canción dió fin y apareció Jaquelina.

Su semblante expresaba indescriptible ansiedad, mezclada de placer.

Ballester se sintió como pesaroso de encontrarse allí.

La pastora vaciló un instante, cual si pensara en retroceder, pero por fin continuó bajando, semejante á una aparición de pasadas edades.

El soldado, que hasta entonces había permanecido en el mismo sitio, cogido con una mano de una rama del roble, adelantóse al camino y saludó á Jaquelina, dándole los buenos días.

La niña se ruborizó, bajó los ojos, devolvió el saludo con un movimiento de cabeza, pero sin hablar, y pasó de largo por delante del soldado.

#### II

Raimundo Ballester no era tan sólo un valiente soldado, sino también un carácter.

Hijo de una distinguida familia, había sentado plaza de voluntario en los cazadores de la Unión después de haber peleado como guerrillero en el Ampurdán á las órdenes del barón de Eroles.

Nunca había querido admitir ningún ascenso, deseando compartir todas las penalidades de los soldados de fila, poseído verdaderamente de una especie de fanatismo democrático.

En otro tiempo hubiera sido un compañero de San Francisco de Asís, y no siéndole posible ya figurar en aquella milicia de la religión resolvió entrar en la religión de la milicia.

Habiale servido de preceptor un antiguo miembro

de la Convención, girondino refugiado en España, y sus lecciones habian quedado grabadas de una manera indeleble en su corazón y en su mente.

Era un espíritu generoso, amplio, independiente, profundo aborrecedor de toda tiranía, lo mismo de



—¡No bajéis, por Dios, no bajéis!

la tiranía de un rey que de la tiranía de una Convención.

Su educación había sido sólida y provechosa; su maestro le había enseñado primero á leer, después á escribir y dibujar á un tiempo, y finalmente, lenguas vivas, matemáticas é historia natural, esta última en las montañas de los Pirineos.

Ballester tenía viva afición al derecho, pero la guerra le hizo olvidar sus propósitos y no pensó más que en ser un soldado del pueblo.

Nada le hubiera faltado dada la hacienda de su casa, y, sin embargo, jamás quiso quebrantar su

propósito de vivir de igual manera que cualquier otro soldado.

Su espíritu era más filosófico que práctico; era capaz de los mayores entusiasmos, pero movido por ideas, no por sentimientos; batíase serenamente, de una manera temeraria.

Dolíale tener que matar á ningún francés, pensando si habría contribuido quizás al triunfo de la revolución; pero al recordar que era Napoleón quien los enviaba, creía un deber de conciencia impedir que triunfasen los soldados del tirano.

Era hombre de gusto, como que detestaba todo lo

que venía de Francia, y en cambio se embelesaba con lo que procedía de Alemania.

Una sola producción francesa encontraba gracia ante su inexorable crítica: *Pablo y Virginia*; en cambio, profesaba el mayor desprecio hacia la literatura imperial y no podía consentir que los liberales alabasen á Voltaire.

Digamos ahora que en su físico era un hombre verdaderamente hermoso; su fisonomía respiraba fuerza y belleza: parecía un hombre del Norte, rubio y de azules ojos, dotados á la par de la viveza y fuego de los españoles.

### III

El bosque, poblado de rumores, parecía una inmensa reunión de seres animados.

A pesar de estar casi desnudos de hojas los pinos, robles, fresnos, abetos y encinas que lo poblaban, la selva era risueña.

Alegrábanla los mirlos ó jilgueros que cantaban en las ramas, los arroyos que murmuraban, las vacas que mugían, las hojas caídas que se llevaba el aire, el cielo azul que se veía á través de la espesura, el olor de las yerbas, el resinoso perfume de los pinos, las pasionarias que trepaban por los troncos de los olmos, las abejas que susurraban, el rocío que brillaba sobre las corolas de las rosas silvestres, el canto de los grillos, los rayos del sol que doraban las cimas del Mondarín, tiñendo de vívida claridad las amarillentas rocas de la cumbre.

Ballester permanecía como embelesado escuchando los rumores del bosque y transportado por la magnificencia del espectáculo que le rodeaba.

Jaquelina había desaparecido.

No se oía ya el son de la esquila ni el grave mugido de las vacas.

El soldado pareció que volvía en sí.

Miró hacia donde se había dirigido la pastora, y buscando sus huellas con los ojos siguió el mismo camino, un camino alfombrado de fina tierra arenisca.

El sendero seguía monte arriba y Ballester resolvió no parar hasta encontrar á Jaquelina.

Por fin, en una hondonada del bosque, al pie de una roca de la cual manaba un delgado caño de agua cristalina que formaba un charco en el suelo, filtrándose allí mismo, vió á la niña, sentada, tra-

zando distraídamente figuras en la arena con el extremo del cayado, mirando al suelo en actitud pensativa.

El soldado estuvo largo rato contemplándola sin que ella lo notara, completamente arrobado.

Era una verdadera belleza, más bella que nunca en su abandono de entonces.

Las vacas habíanse tendido voluptuosamente en el suelo, volviendo de vez en cuando su cabeza hacia la niña, cual si esperasen una caricia suya.

La niña lo advertía, y con el cayado les rozaba suavemente la cerviz, sin levantar del suelo la cabeza, pero levantando los ojos.

Aquel día llevaba sobre la camisa un pañuelo azul, que cambiaba del todo su fisonomía.

Jaquelina, en vez de una *Venus agreste*, parecía una creación de Murillo.

### IV

Sin saber cómo, Ballester echó á andar hacia la hondonada.

El soldado llevaba una vara de fresno en la mano y se ocupaba en quitarle las ramillas mientras bajaba á la fuente.

Jaquelina miró por casualidad hacia allí y vió al soldado, que á su vez no vió que la niña le miraba.

Levantóse rápidamente, y al llegar al pie donde terminaba el sendero, exclamó en francés:

—¡No bajéis, por Dios, no bajéis!

Ballester se estremeció al oír la voz y quedó inmutado al ver el ademán suplicante de Jaquelina.

—¿Qué mal hago?—repuso el joven en la misma lengua.

—¡Oh, ninguno, ciertamente... pero... os lo suplico por Dios, no bajéis... alejaos!

Ballester... ¡cosa rara é incomprensible!... experimentó una especie de *sensación* de celos.

—¿Por qué me he de alejar?—repuso mirando casi con dureza á Jaquelina.

—Os lo digo por vuestro bien.

—Nada temo.

—¡Ah, creedme!

Era tan angustiosa la expresión del rostro de Jaquelina que Ballester no pudo menos de decir:

—¿Tenéis miedo?

—Sí... Retiraos, por Dios...

—Bien está, no quiero molestaros; pero ¿podrías decirme de quién teméis?

—¡No!

—¿De algún novio, acaso?

—Yo no tengo ningún novio,—contestó gravemente la pastora.—Si os digo que os retiréis para que no os vean hablando conmigo no es porque deba cuentas á ningún hombre.

Ballester miró profundamente á Jaquelina y le dijo:

—Os dejo, pero mucho os tendría que agradecer si quisieseis veros conmigo, sin testigos, para decirnos algo que importa.

—Esta noche, á las once, me encontraréis en la alameda, á la derecha del puente...

—Gracias,—repuso Ballester,—hasta las once.

## V

Jaquelina vió como el soldado desaparecía al cabo de un momento en la intrincada espesura de la selva, y pareció disiparse con ello el terror de que estaba anteriormente dominada.

Por su parte, Ballester había comprendido que las súplicas de la niña para que se alejase de su lado tenían por objeto no dejar traslucir á Úrsula su caritativa conducta del día anterior para con los pobres soldados.

La niña se había atrevido, en efecto, á cometer una temeridad inaudita: á entrar en la despensa y á llevarse un pan y un queso, cuyo número tenía rigurosamente contado Úrsula.

Desde el momento en que la madrastra la viese á solas con un alojado y echase de menos las dos cosas que faltaban, se figuraría al punto que ellos dos habían sido los autores de aquel *agujero hecho en la luna*, como dicen los franceses, ó de *aquella luna*, como dicen sencillamente en algunas partes de Cataluña.

Semejante idea hacía estremecer á Jaquelina.

Conocía bien el carácter de Úrsula y sabía hasta qué extremos horribles podía llegar su diabólica cólera, suscitada por la varicia.

Al llevar á cabo su generosa acción, ya había calculado Jaquelina las consecuencias que podría traer, pero creyó que siendo doce los alojados no le sería dado á Úrsula sospechar de ninguno de ellos en particular.

Otra cosa hubiera sido viéndola con Ballester: entonces la complicidad quedaba patentizada.

Por esto temblaba la niña y deseaba que se alejase el soldado.

Sin embargo, sentíase poseída, por otra parte, de invencible atracción hacia aquel joven que parecía tan bravo y tan honrado.

Jaquelina creyó oír una voz del cielo al pedirle Ballester una entrevista secreta.

## VI

El tiempo, que había sido magnífico por la mañana, empezó á ponerse cubierto al mediodía, no tardando en caer una espesa nevada.

Los soldados, mal vestidos y peor alimentados, habíanse guarecido en la choza y procuraban hacerse pasar el frío arrimados á la lumbre, bajo la ancha campana del hogar.

Pedro Jáuregui, Úrsula y Jaquelina se encontraban en un aposento de la parte de detrás, ocupados en hacer quesos.

Oíanse mugir las vacas en el establo, como inquietas por el temporal que reinaba.

El Nive bajaba crecidísimo y podía distinguirse desde allí el estruendo de la corriente engrosada por las lluvias.

—¡Mal tiempo!—dijo el cordobés, que era muy hablador.—¡Si á lo menos tuviésemos algo que meter en el baúl ó que echarnos al coletol!

—No hay más que miseria en este país de gabachos.

—Ni pan, ni vino, ni carne.

—Lo que debe haber aquí son muchos doblones enterrados,—dijo el de Ibros.

—Ni doblones, ni sueldos,—contestó el cordobés.—No hay enterrados más que hongos.

—¿Pero no nos podrían dar nada esos malditos?

—Tienen leche, tienen quesos, tienen vino, tienen jamones ahumados, tienen aguardiente y tienen chocolate,—explicó un sevillano.

—¿Cómo sabes tú tantas cosas?—repuso Ballester.

—Porque al pasar por la despensa he percibido olor de todo esto.

El cazador tenía, como se ve, un excelente olfato.

—Sin embargo, no quieren vendernos nada.

—Quizás desconfían de que se lo paguemos.

—En ese caso, nada mejor que reunir todos nuestros capitales y ver de cuánto podemos disponer.

—Vamos á ver, pues. Yo tengo... quince cuartos.

—Yo, media peseta columnaria.

—Un real.

—Veinte cuartos.

—Una peseta.

—Una peseta columnaria.

—Dos maravedises.

—Uno.

—Una moneda de seis cuartos.

—Diez cuartos.

—Un ochavo.

—Nada.

Debemos advertir que el poseedor de la peseta columnaria, recién llegada milagrosamente de la fábrica de Méjico, era Ballester, y que el soldado que no tenía ni un maravedís era el de Ibros.

—Saca tú las cuentas,—le dijeron al vizcaíno, que pasaba por estar propuesto para cabo en gracia á sus superiores conocimientos en matemáticas elementales.

—Diablo, esperad un poco: es difícil eso...

Por fin, después de un largo rato de profundos cálculos, se vino en conclusión de que los doce hombres podían operar con un capital de más de diez y ocho reales...

—¡Somos ricos!—exclamó con satisfacción el gallego.

—¡No podemos morirnos de hambre!—añadió el que había contribuído con el maravedís.

## VII

—Necesitamos ahora un hombre resuelto que le haga entender al tío ese...

—Se llama el tío Pedro,—hizo observar el extremeño, que era enemigo de los apodos por llamarle á él *Choricero*, de lo cual protestaba para que no se le confundiese con Godoy.

—Bueno, al tío Pedro,—continuó diciendo el opinante;—que le haga entender, decía, que estamos resueltos á que nos dé de comer, mediante esa suma de diez y ocho reales, y que de no acceder á ello sabremos hacerle entrar en razón por otros medios.

—¿Qué le pediremos?—preguntó el más gastrónomo de todos, que era el de Ibros.

—Pues le pediremos unas magras,—contestó el bilbaíno.

—Bacalao,—añadió el tarraconense.

—Gazpacho,—repuso el hijo de Granada.

—Camarones,—creyó del caso deber decir el sevillano.

—¡Nada de eso!—interrumpió diciendo el gallego.

—Me contento con unos nabitos...

—No queremos hortalizas,—objetó el extremeño.

—Lo mejor será jamón.

—¿Sabéis qué digo?—manifestó á esto el cordobés.

—¿Qué dices tú, Cruz?

—Pues que traiga lo que nos pueda dar por diez y ocho reales; se entiende, de comer y beber.

—¿Quién se encarga?

—Yo creo que el que tenga mejor palique.

—En este caso, el sevillano.

—Con mucho gusto, señores,—contestó el aludido.—Voy á ver á ese tío y espero que podremos regalarnos como el mismo generalísimo.

## VIII

El sevillano era un mozo pequeñito, flaquillo, pálido y desmedrado, con un aire tan picaresco como sus ojos, gran nariz y tan aficionado á comer que cuando no tenía qué se comía la mitad de las palabras; gran hablador y uno de los que más habían contribuído á la suscripción, como que había dado su realajo, que guardaba como oro en paño, procedente de la venta de un libro que se había encontrado en el despojo del botín de Vitoria y le había comprado un oficial inglés. El sevillano, que sabía deletrear el español, no podía comprender de qué utilidad podían serle al hijo de Albión las *Œuvres du marquis de Sade*.

Dirigióse nuestro macareno hacia el *Sancta Sanctorum* de la choza y con su voz naso-gutural comenzó á gritar:

—¡Patrón! ¡Eh! ¡Patrón!

El tío Pedro comprendía bien el castellano, como no podía menos de suceder tras de tantos años de relaciones circuncomerciales con los rayanos.

—¿Qué hay?—aulló Jáuregui.

—Pues hay lo siguiente, *compare*: hay que queremos comer pronto y bien.

—Es cosa que me trae sin cuidado: no tengo nada que dar.

—En mi tierra, *compare*, no se niega á nadie el pan ni la sal.

—Pues aquí no hay de eso.

—¡Extraño es!

—Conque, si no tenéis más que decirme...

—¡Hombre! No vaya su *mercé* tan *disparao*. Hablando se entienden las gentes.

En este punto apareció Úrsula, ferozmente encendido el rostro en cólera.

—¿Qué venís á pedir aquí vosotros?—exclamó, echando al sevillano una mirada fulminante.

—Patrona, es imposible que *pagando*, ¿entendéis bien? *pagando*, nos dejéis morir de hambre.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? Yo no os he dicho que vinierais á mi casa.

—Patrona, si tenéis hijos...

—¡No tengo, ni ganas!—le interrumpió diciendo con aspereza la arlesiana.

—Así no adelantamos nada,—pensó para su capote el sevillano.—Esta gente son unos cernícalos. Toquemos otro resorte. Decía,—repuso,—que nos haríais gran favor vendiéndonos algo que comer.

—¿Cuánto tenéis?—contestó Úrsula.

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—Pues siempre será cerca de un napoleón.

Úrsula soltó una carcajada.

—¿Y con cinco francos queréis que yo os dé comida á doce?—exclamó.

—Se da para lo que haya.

—Pues no hay ni siquiera para medio queso.

—¿Conque tenéis queso, eh?

—No he dicho que lo tenga yo.

—Acabemos, pues: ¿no podéis darnos nada, nada, nada?

La mujer miró con furor al sevillano y respondió:

—Nada.

—Ya veis,—replicó Jáuregui,—como nada sacáis con estorbarnos.

## IX

Aquel fracaso dejó corrido al sevillano, que fué á participar á sus compañeros el mal éxito de sus gestiones.

—Nunca llegarás á comisario de guerra,—con-

testó el de Ibros.—Allá voy yo á armar la gran bronca.

El de Ibros era un serrano de Sierra Morena muy conocido de los pasajeros que tenían que atravesar por Despeñaperros.

Sin llamar al dueño metióse de rondón en el aposento donde se encontraba la familia.

Había á lo menos cincuenta quesos sobre una mesa, cubiertos con una manta.

La despensa, que pudo ver por estar la puerta abierta, estaba provista de tal manera que hubiera dado envidia al repostero de un convento de bernardos; en un aro, convertido en cesto por medio de cuerdas de esparto que se entrecruzaban, colgado del techo, había multitud de panes; pero lo que más le sedujo fueron varios barriles llenos de vino indudablemente, cuyas espitas de latón, limpias y relucientes, brillaban en la oscuridad como sagrados emblemas de los misterios de Baco.

Al ver entrar al temerario temblaron de cólera los labios de los cónyuges.

—¡Sal tú de aquí!—exclamó la madrastra dirigiéndose á Jaquelina.

La niña obedeció al momento, refugiándose en el establo, situado en un cobertizo que había en un pequeño patio detrás de la casa.

—¿Quién os ha dado permiso para entrar donde estamos nosotros?—dijo el patrón.

—He entrado porque me ha dado la gana y porque tengo hambre,—replicó el serrano.—Por consiguiente, venga al punto pan, queso, jamón, bacalao y vino. Despachad.

—No lo tendréis si no nos lo robáis,—contestó Úrsula con provocativo tono;—y si lo robáis, ya sabemos á quién acudir para que haga justicia.

—La justicia voy á hacérmela yo ahora,—replicó el de Ibros.—¡Toma!

El bandido sacó una navaja que llevaba oculta en el pecho y se arrojó sobre Úrsula, que consiguió parar el golpe dando un quiebro, mientras Jáuregui cogía un cuchillo de monte colgado en la pared.

El bandido se aprestaba á dar un nuevo golpe á Úrsula, que corría hacia la despensa con ánimo de encerrarse, cuando de pronto sintió sujeto el brazo por detrás y lanzó un terrible voto.

Era Jaquelina que había acudido al ruido, llegando á tiempo de salvar la vida de su madrastra.

Úrsula, en vez de mostrarse agradecida, dió-

le un violento empujón que la hizo caer al suelo.

En esto entraron los soldados con los fusiles, sin saber lo que había pasado. Jáuregui y el de Ibros cruzaban sus navajas con increíble fiereza, sin lograr herirse, diestros ambos en desviar el arma del contrario. Úrsula había logrado encerrarse en la despensa y Jaquelina yacía en el suelo sin sentido.

Ballester corrió hacia ella y vió que se había causado una profunda herida en la sien, murmurando como aterrada:

—¡Perdón, Sra. Úrsula! ¡Perdón, Sra. Úrsula!

—¡Rayo de Dios!—exclamó.—¡A ellos! ¡No dejar rastro de cuanto hay aquí, pero no matéis á nadie!

Jáuregui se vió rodeado de soldados que le suje-

taron, mientras otros echaban abajo con las culatas la puerta de la despensa.

En un momento no quedaron víveres, siendo todo saqueado y vaciados los barriles.

Ballester había salido del aposento llevándose á Jaquelina en brazos al chiribitil en que dormía, junto al cobertizo.

Entretanto los demás comían y bebían, Jáuregui y Úrsula proferían feroces imprecaciones, atados en dos sillas, lanzando las más terribles amenazas.

—No ha habido más remedio,—contestaba el sevillano.—No quisisteis escuchar los prudentes avisos de un hijo de la Macarena y ha tenido que hacerlos entrar en razón un hijo de Ibros.



## CAPÍTULO IV

### La canción del «Compte Arnau»

#### I

AL caer de la tarde, y hora de pasar lista, once de los alojados en la choza del tío Pedro se encontraban imposibilitados por completo de acudir.

El vino de Cambo se les había subido traidoramente á la cabeza, dando lugar á inauditas explosiones de todo género de extravagancias.

Cuanto había en la choza había ido de arriba abajo: muebles, ropas, utensilios, víveres y casi las frágiles paredes de madera.

En tres horas ocurrieron allí dentro escenas de Carnaval, de bautizos, entierros, batallas, procesiones, casamientos, comedias, cacerías, funciones de iglesia, toros y á poco más la diversión más parecida á ésta, aunque derogada hoy por hoy, un auto de fe.

Querían quemar al gallego por haberse empeñado en que la tierra daba vueltas al rededor de un pan como un sol que había quedado en el aro.

Ballester atendía entretanto á la pobre herida, inquietado, á la vez, profundamente al pensar en la grave situación en que iban á encontrarse él y sus camaradas.

Estos cayeron uno á uno en tierra, dominados por el más pesado sueño.

Jáuregui y Úrsula seguían atados en las sillas.

Sabiase que Wellington se mostraba severísimo contra cualquier acto de indisciplina cometido en Francia, sobre todo tratándose de españoles, ri-

gor que hubiera podido emplear muy oportunamente Su Gracia con los soldados de Graham, autores del incendio, saqueo, violaciones y asesinatos de San Sebastián.

Ballester estaba temblando de que llegase el nuevo día, temiendo que sus compañeros, al hacerse cargo de las consecuencias que podían sobrevenir del saqueo de la choza, no se entregasen á alguna desesperada resolución.

Por fin empezó á penetrar una débil claridad al través de los mal ajustados postigos de la choza.

#### II

El primero de los soldados que se despertó fué el gallego, que empezó á rezar padrenuestros y á santiguarse al ver á sus camaradas en un estado imposible de describir.

El sevillano se había puesto unas sayas de Úrsula, el cordobés lucía á guisa de faja un pañolón de Manila, el de Ibros había trocado el sombrero apuntado por una silla de caballo, y el tarraconense tenia los brazos metidos dentro de unas botas de montar, al paso que habian desaparecido por completo sus calzones.

Nunca imaginara Goya escena parecida á la de aquellos once borrachos, mezclados, revueltos, con-

fundidos y entrecruzados, asemejando un pólipo si se miraban tantas piernas y la famosa hidra de Lerena si se reparaba en las cabezas.

El segundo en volver en sí fué el manchego, sepultado bajo el peso del granadino, el cordobés, el bilbaíno y el tarifeño, que lo habían tomado por un saco de aceitunas y querían prensarlo.

El pobre muchacho consiguió deslizarse por debajo de los lomos de los cuatro, y sacó la cabeza por entre las piernas del granadino, viendo entonces al gallego, que decía oraciones, y á Jáuregui y Úrsula que les miraban de una manera capaz de dejar helado al más valiente.

### III

En esto entró Ballester y encontró á los dos soldados, que le miraron con extrañeza al verle que no daba tumbos y se tenía perfectamente en pie.

—¿Qué haremos?—dijo el manchego.—Parece que estás más sereno que nosotros y debieras tomar á tu cuidado ver cómo salimos en bien de este trance.

Ballester hizo señal de que desataran á Jáuregui y á Úrsula, y, aunque temblando, así lo hicieron entre el gallego y el hijo del Tomelloso.

—Hemos de hablar los tres,—dijo Ballester, gravemente.

—Para nada hemos de hablar,—contestó Úrsula.—Ya sé yo á quién he de acudir.

—No lo haréis,—contestó Ballester.

—¿Que no lo haré? ¿Y quién me lo ha de impedir?

—Las razones que os daré yo. Quizás no soy tan pobre como puedo pareceros.

Úrsula miró fijamente á Ballester y dijo:

—Bien está. Hablemos.

Salieron los tres del aposento, teatro de la gresca, y fueron á sentarse junto al hogar.

—No disculpo el comportamiento de mis camaradas,—dijo,—aunque cualquier otro hubiera obrado probablemente de igual manera, y aun peor, al ver que teniendo víveres os negabais á facilitarlos, ni aun pagando, consintiendo que enfermasen y desfalleciesen de hambre antes que socorrerlos. La falta de hospitalidad es una de las más imperdonables entre cristianos, que al fin y al cabo todos los somos, aunque en otras cosas seamos enemigos.

—Cada uno hace lo que quiere en su casa,—repuso Úrsula.

—No os diré que no, pero nunca hay derecho á negarse á una verdadera obra de caridad como era la que os pedíamos; caridad á pesar de pagaros el valor de lo que nos hubieseis vendido. Pero dejemos eso y veamos si podemos entendernos.

—Hablad.

—¿Podriáis ya, desde este instante mismo, decirme á cuánto ascienden los perjuicios que os hemos causado?

Úrsula miró con ojos de hiena á Raimundo Ballester y contestóle:

—Seis mil francos.

—Mucho me parece,—replicó el ampurdanés.

—He dicho seis mil francos, porque lo que nos habéis... tomado vale seis mil francos.

—Paso por los seis mil francos. Puedo entregaros esta cantidad dentro de quince días.

—¿Vos?

—Yo: seis mil francos en onzas, pero he de ir á buscarlos á Figueras, y si no yo, persona de vuestra confianza.

—¡Eso es comedia, pura comedia!—replicó el tío Pedro.—Vosotros lo que intentáis es libraros del castigo que os espera.

—En prueba que no me mueve la intención que decís,—repuso Ballester,—que si acaso dais parte al general de lo que aquí ha ocurrido, recabaré para mí toda la culpa para ser yo solo quien deba pagarlo todo. Yo fui quien dió la señal del saqueo, y todos tendrán que jurarlo así.

### IV

El tío Pedro y su mujer reconocieron que lo que Ballester decía era verdad: el había dado la señal gritando:—*¡A ellos! ¡No dejar rastro de cuanto hay aquí!*

Úrsula recordaba perfectamente estas palabras, que había oído cuando, llena de espanto, se había encerrado en la despensa.

—¿Dónde decís que tenéis esos seis mil francos?—repuso, procurando dar á su voz el tono más suave posible.

—En Figueras. Puedo ir yo en persona á buscarlos ó puedo daros una carta-orden para que mi familia los entregue á quien vosotros designéis. Entretanto, y como garantía, yo os entregaré una declaración de todo lo ocurrido aquí.

Úrsula miró á su marido como si le interrogase, contestando él con otra mirada que daba á entender lo arreglase del modo que proponía el soldado.

La arlesiana contestó con voz dulzona:

—Mandaremos á Figueras á un amigo nuestro; pero ya veis que ese viaje va á ocasionar algunos gastos.

—¿A cuánto os parece que pueden ascender esos gastos?

Después de reflexionar un corto rato, contando con los dedos, replicó Úrsula.

—Mil francos.

—¿Será, pues, entre todo, siete mil francos?

—Siete mil francos, pero contad con que tardarán quince días en estar aquí y que en este tiempo yo hubiera podido ganar algo, vendiendo lo que vosotros camaradas echaron á perder.

Ballester, revestido de una paciencia seráfica, contestó:

—Añadid á los siete mil francos los intereses de esos quince días.

—En este caso,—replicó Úrsula,—serán mil francos más.

—¿Total ocho mil francos?

—Ocho mil francos.

—Conformes. Voy á poner la carta y escribir el parte. ¿Tenéis tintero, pluma y papel?

—Sí. Voy á traéroslo todo,—contestó Úrsula en tono obsequioso.

Quedaron solos Jáuregui y Ballester, y aprovechando la ausencia de su mujer, exclamó en voz baja el viejo:

—Sois un hombre honrado: las pérdidas no llegan á mil francos siquiera. Poned esa cantidad, pues yo me conformo.

—Hemos quedado en ocho mil,—repuso Ballester.

El tío Pedro iba á replicar, cuando oyó que se acercaba Úrsula, y enmudeció.

Aquel hombre curtido en los combates y avezado á los peligros era como Sault: tenía miedo á su mujer.

Úrsula dejó el tintero en un escabel al lado de Raimundo, dióle á éste dos pliegos de papel, y el joven escribió sobre sus rodillas la carta-orden para que se entregasen al dador noventa y cinco onzas, deducidas de la legítima dote. Acto seguido extendió una relación de los sucesos ocurridos el día anterior, atribuyéndose toda la responsabilidad del

saqueo y de las amenazas hechas á los cónyuges, dejando la fecha en blanco.

—Está bien,—contestó Úrsula, luego que Ballester hubo leído ambos documentos.—Si dentro de quince días no está aquí el dinero...

—Pagaré con la vida,—se apresuró á decir Raimundo.

A todo esto no habían reparado que Jaquelina había estado escuchando toda la conversación, siguiendo los movimientos de su madrastra.

La niña, al verse sola, había temido no entrasen los soldados, y se había escondido en un oscuro aposento que recibía la luz por un ventanillo practicado al lado de la campana del hogar, desde el cual lo había visto y oído todo. Así que cesó la conferencia, salió rápidamente del cuarto y fué á reunirse con los tres, no perdiendo de vista á su madrastra.

Esta la recibió con malos modos, contestando humildemente la niña.

Levantáronse, por fin, y Jaquelina pudo observar que Úrsula guardaba un papel en un cofre que no había podido abrir el de Ibros, mientras que se escondía otro en el seno.

Luego salió de la choza. La niña siguióla desde lejos y vió que entraba en una alquería donde habitaba un hermano suyo.

—Úrsula va encargar á M. Pascal que vaya á Figueras en busca del dinero,—murmuró Jaquelina, —El parte donde se delata el hecho está guardado en el arca.

- V

Puede decirse que Raimundo y Jaquelina no habían cruzado otras palabras que las que se habían dicho en el bosque dos días antes. Sin embargo, no había sido menester que sus labios hubiesen pronunciado vanas palabras para comprenderse mutuamente.

Llevados por igual atracción, acudieron uno y otro á la arboleda de la otra parte del puente.

Jaquelina encontrábase mejor de la herida que se infirió al caer al suelo al rechazarla Úrsula, después de haber desviado la cuchillada que iba á asaltarle el soldado de Ibros.

A pesar de estar el cielo encapotado por negras nubes, reinaba, sin embargo, cierta débil claridad, á causa de la blanca capa de nieve que cubría la tierra.

A la misma hora que Raimundo pasaba por el puente se encontraba también allí Jaquelina.

El río bajaba impetuoso; las aguas resonaban fragorosamente en el silencio de la noche.

Ballester se detuvo un momento para asomarse al pretil, y al oír ruido de pisadas volvió la cabeza.

Era Jaquelina.

El bravo ampurdanés y la niña, sin haberse dicho palabra, se encontraron uno en brazos de otro.

—¡Venir con este tiempo!—exclamó Raimundo en voz baja.

—Nada importa el tiempo,—replicó la niña.

Sin embargo, bien se veía que Jaquelina estaba medio yerta de frío.

Raimundo se quitó la manta en que iba envuelto y cubrió con ella el cuerpo de la pobre niña.

—Vuélvete á casa en seguida,—exclamó.—No hay para qué decirte lo que habrás comprendido ya, Jaquelina: tuyo soy.

—Tuya soy también,—contestó ella —¡Tuya para siempre! Lo que una mujer pueda hacer por su marido, lo que una madre para sus hijos, lo que un hijo para sus padres, yo lo haré por tí.

—Basta ya: te amaré siempre.

—Y yo también.

Un beso selló las palabras de ambos jóvenes.

—Volvamos, por Dios, á casa,—exclamó Ballester.—Está helando. Quédate con esta manta para abrigarte por la noche. Esa mujer es una infame: te va á matar dejando que te hieles.

—No, no temas.

—Vayamos de prisa... Te quiero con toda mi alma, Jaquelina; y así que esté acabada la guerra nos casaremos. ¿Querrás venir, pues, conmigo á mi país?

—A donde quieras.

—Ya lo sabemos todo ahora. No vuelvas á salir más de casa. Mirándonos nos comprenderemos.

—Sí, nos hablaremos con los ojos; pero quisiera tenerte junto á mí siempre, y hay un medio para ello.

—Di.

—Toma ese papel y escíbeme aquí la canción que creyendo que nadie te oía cantabas la noche que llegaste.

—¡Ah! La canción del *Compte Arnau*...

—¡Esa!

—Es muy larga.

—No importa, recuerdo perfectamente la música. Deja el papel dentro del morral de caza que hay colgado de la pared de la cocina. Otra cosa: para que coja toda, no pongas los versos uno debajo de otro, sino al lado. Y una exigencia más, la última: firmalo.

Ballester, que no deseaba sino que la niña le mandase algo, estuvo contentísimo al poder obedecerla.

En esto habían llegado cerca de la choza. Jaquelina se despidió de Raimundo y entró por donde había salido, esto es, por las bardas del corral, mientras el valiente ampurdanés llamaba á la puerta, que pagaba contribución al gobierno á razón de un metro y medio de altura por otro de latitud.

## VI

Los amores de Raimundo y Jaquelina tenían una espiritualidad que era quizás lo único espiritualista que existía dentro de las fronteras del imperio.

Era un amor desenfrenadamente ideal, sin más intervención sensitiva que los dos ojos de cada uno. Verdad es que si los ojos de Ballester eran hermosos, en cambio los de Jaquelina eran divinos.

Los días iban pasando dulcemente para ambos, aunque no así para los restantes alojados, cuyo número había quedado muy reducido, cansados de no comer allí más que castañas el bilbaíno, el cordobés, el sevillano y el de Ibros. Estos dignos mozos habían encontrado la tierra de promisión en una soberbia quinta cuyos dueños vivían en París, pero cuyo administrador, poseído de un miedo cerval, trataba á los españoles á cuerpo de rey.

Llegó en esto el 8 de diciembre, plazo en que debía volver de Figueras M. Pascal con las noventa y cinco onzas ofrecidas á cambio del silencio sobre lo ocurrido en la choza.

Ballester esperaba con impaciencia el regreso del enviado, si bien estaba seguro de que no faltaría un solo real de la suma que debía recoger.

Había acabado de comer la familia cuando llamaron á la puerta.

El corazón de Raimundo palpitó con violencia.

Era M. Pascal, que, sin mirarle y dirigiéndose á Úrsula, exclamó con frío sarcasmo:

—¡Ni un cuarto!

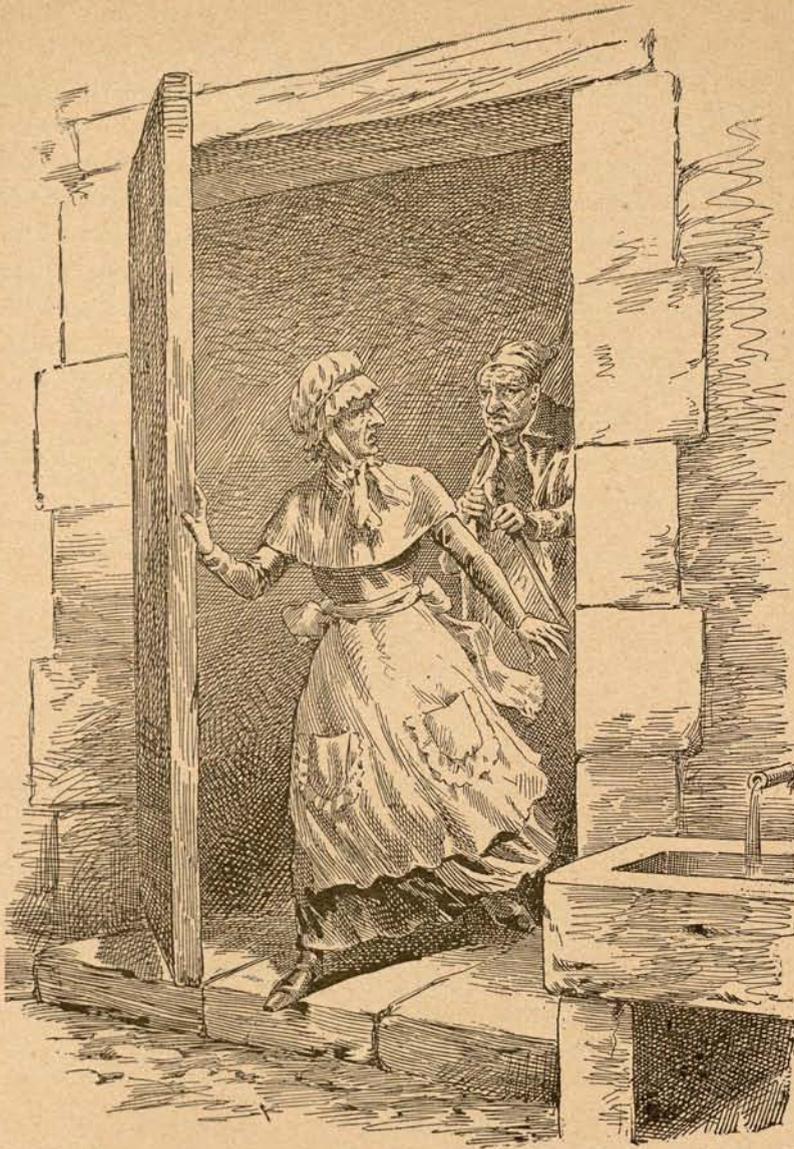
## VII

Ballester quedó mudo de estupor.

—Bien sabíais que era imposible me entregasen

ese dinero,—dijo el francés, volviéndose hacia el pobre joven.

—Me insultáis al afirmar eso,—respondió.—¿Qué ha pasado?



Y la furia abrió la puerta, siguiéndola M. Pascal...

—No lo ignoráis para obligarme á repetiroslo.

—Os pido que me digáis qué causas han impedido que os entregasen la parte de mi legítima.

—Bien debéis saber que vuestro padre murió en la acción de San Privat...

—¡Mi padre, muerto!

—Y que vuestra madre fué arcabuceada por los soldados de Mesclop, como espía del coronel Llauder.

—¡Malditos sean los que la asesinaron!

—Naturalmente: no había nadie que quisiese aceptar el documento, que aquí os devuelvo.

Úrsula miraba con ojos crueles al pobre mozo.

—Bien está,—repuso Ballester.—Disponed de mí.

—Tratos son tratos,—contestó la arlesiana. Y diciendo esto salió del hogar para ir al aposento donde estaba el cofre.

Úrsula lo abrió, sacó un papel plegado en cua-

tro dobleces y volvió á aparecer ante Raimundo.

—Yo mismo os acompañaré á ver al general,— exclamó éste con arrogancia.

—Gracias, iré yo sola.

Y la furia abrió la puerta, siguiéndola M. Pascal, que dirigió á Ballester una mirada de usurero á quien han engañado.

### VIII

¿Por qué motivo, en vez de ir á prender á Ballester, supo éste que el general Morillo había echado á Úrsula de su presencia á cajas destempladas después de leer el papel, rompiéndolo á pedazos?

¿Por qué motivo tardaba tanto Jaquelina en volver de misa?

¿Por qué tardaba también tanto en volver Úrsula?

En esto estaba pensando Raimundo Ballester, cuando sonaron tambores y cornetas llamando á formar, para marchar en seguida.

Raimundo salió de la choza, y al ir á cargarse el fusil en el hombro reparó que había un papelito atravesado en la baqueta.

El papelito decía sencillamente: *En Mont de Marsán.*

En el camino no se hablaba de otra cosa, con grandes risotadas, sino de que una mujer de Cambo había solicitado con vivo empeño ver al general Morillo para entregarle un papel en el que se refería como un demonio todo cubierto de llamas se presentó á una condesa que había sido su mujer y le contaba muchas cosas del infierno.

El general se había enfadado tanto que por poco no manda hacer con aquella loca la segunda parte de lo que sucedió con las brujas de Zugarramundi, contentándose por último con tres días de cárcel, á pan y agua.

Raimundo Ballester recordó entonces la canción del *Compte Arnau...*



## CAPÍTULO V

### Allende el Nive

#### I

LA derecha aliada cruzó el Nive por distintos puntos: Morillo por los vados de la Isleta y Cavarre; Hill por Cambo, y Beresford por Ustariz, permaneciendo la izquierda en las mismas líneas, pues Wellington sólo quería por entonces hacerse dueño del Nive superior.

Los anglo-hispano-lusitanos se portaron bizarramente arrojando á los franceses de las posiciones desde las cuales se oponían á su avance. Morillo les hizo abandonar el cerro de Urcuruy y los anglo-portugueses les obligaron á retirarse más allá de Villefranche.

Dueños los aliados de aquellos estratégicos puntos, viéronse atacados al siguiente día, 10 de diciembre, por los franceses, empeñados en rescatar las perdidas posiciones; pero fueron repelidos con grandes pérdidas sin conseguir su intento de que los anglo-españoles repasasen el Nive.

Llegó la noche.

Espinosa recorría las avanzadas de los españoles, situada en la falda septentrional del Urcuruy, cuando los escuchas le advirtieron que se oía rumor de caballería, que venía por el camino que conducía al campo francés.

El brigadier prestó oído y escuchó distintamente el galopar de varios caballos.

No fué esto solo: veíanse brillar bayonetas entre los árboles.

Al pronto se dió la voz de alarma y los españoles formaron precipitadamente.

A medio tiro de fusil de las avanzadas detuviéronse entonces cuatro jinetes, adelantando uno de ellos.

#### II

—¡Alto! ¿Quién vive?—gritó el centinela español.

—España y Alemania,—contestó el desconocido.

—¿Qué gente?

—El coronel del regimiento de Francfort.

Espinosa mandó al centinela que diese la voz de *adelante* y aguardó la llegada del jefe extranjero.

El jinete alargó su mano á Espinosa y dijo:

—Soy el coronel Krusse y mando dos batallones fuertes de 1,300 hombres. Obligado á pelear, á la fuerza, bajo las banderas de Bonaparte, ha llegado el momento de acabar con tanta tiranía, pues creo sabréis ya que Napoleón ha debido regresar á Francia, derrotado en Leipzig. Los bávaros hicieron en aquella batalla lo que yo, bávaro también, me propongo hacer ahora. Recibidme, pues, con mi gente, pero con una sola condición, y es que no hagamos armas contra los que han sido hasta ahora nuestros

compañeros y nos permitáis regresar á nuestro país embarcándonos en San Sebastián para Hamburgo.

—No tengo facultades para decidir, por lo cual será preciso que veamos al general Morillo,—contestó Espinosa,—aunque os puedo asegurar que vuestra noble conducta será altamente aplaudida.

El brigadier acompañó á Krusse hasta el alojamiento de Morillo y quedó convenido en admitir acto seguido bajo las banderas aliadas á los dos batallones alemanes, que eran uno de Francfort y otro de Nassau.

Aquella evasión produjo un efecto fatal en el ejército de Soult, siendo señal de continuas desconfianzas respecto á las tropas extranjeras que figuraban en él.

### III

El combate continuó los días 11 y 12, tratando el francés de rechazar á la izquierda inglesa, que, como hemos dicho, conservaba las primitivas posiciones de aquende el río. Viendo al fin que era inútil pensar en que aquellos regimientos británicos, terribles en su silencio, retrocediesen un solo paso, intentó el duque de Dalmacia dar de nuevo un *furibundo y desapoderado acometimiento*, dice Toreno, á la derecha, siendo objeto de desesperada embestida unas alturas que defendían los portugueses.

Los lusitanos, formados en cuadro, resistieron sólidamente las tremendas cargas de los coraceros imperiales, que no pudieron romper ni descantillar siquiera las macizas murallas que formaban aquellos heroicos regimientos.

Cinco días habían transcurrido desde el avance de los aliados, durante los cuales peleóse casi sin cesar, debiendo Soult emprender la retirada hacia Bayona, perdiendo la línea del Nive como antes la del Nivelles.

Aquellas jornadas habían costado más de 6,000 bajas al francés y 5,000 á los aliados, la mitad de las cuales correspondían á los portugueses, que habían llevado el peso de la última refriega, la más mortífera y destructora.

Soult, que contaba todavía con 50,000 hombres y 6,000 caballos, apoyó su derecha en el campo atrincherado de Bayona, colocó el centro á la otra parte del Adour, cuyo río se junta con el Nive en dicha ciudad, y extendió su izquierda á lo largo del Bidou-

se, fortificando convenientemente á San Juan de Pie de Puerto, Navarreins y Dax.

Wellington procuró atrincherarse bien en las posiciones conquistadas, siguiendo su sistema de adelantar sólidamente, y dedicó todos sus desvelos á que las tropas observasen la más rígida disciplina, al objeto de no dar pretexto alguno á que el paisanaje se levantase contra los invasores. El duque conocía bien la influencia de las guerrillas y las temía en Francia.

### IV

Precisamente lo mismo se le ocurría á Soult.

Largo tiempo estuvo madurando su proyecto, pensando en la manera cómo podría realizarlo.

Por fin se le ocurrió que nadie mejor para ello que el general Harispe de Bigorre, que había demostrado especiales condiciones de guerrillero en la campaña que la República sostuvo en 1793 y 94 contra España por haber cometido Godoy la torpeza de abandonar la neutralidad armada para secundar los planes egoístas de Pitt, contrariamente á los sabios planes del gran conde de Aranda.

Harispe podía, indudablemente, hacer mucho, siendo uno de los mejores divisionarios que tenía Suchet.

Este accedió á ceder á Soult al general bigorriano, que llegó á Bayona al cabo de algunos días.

Harispe mostróse poco satisfecho de los auxiliares que le ofrecía el duque de Dalmacia y pidió elegirlos par si mismo.

—Designad á quienes mejor os parezca,—contestóle Soult,—pues necesito indispensablemente que se levanten partidas contra los españoles.

—En ese caso, empezaré por pedirlos varios oficiales que hicieron la guerra de España y se encuentran ahora en Tolosa.

—¿Quiénes son?

—El coronel Saligny, el comandante la Fanfare, el capitán Guyón, el capitán Maupin y algunos otros que se encuentran actualmente en vuestras filas.

—¿Sabéis donde están los que habéis citado?

—Sí. Saligny se encuentra á estas horas en Mentón y los otros tres en Perpignan. Es preciso avisarles para que comparezcan en seguida.

—Al momento, mi querido general. Bien sabéis que no os puedo negar nada.

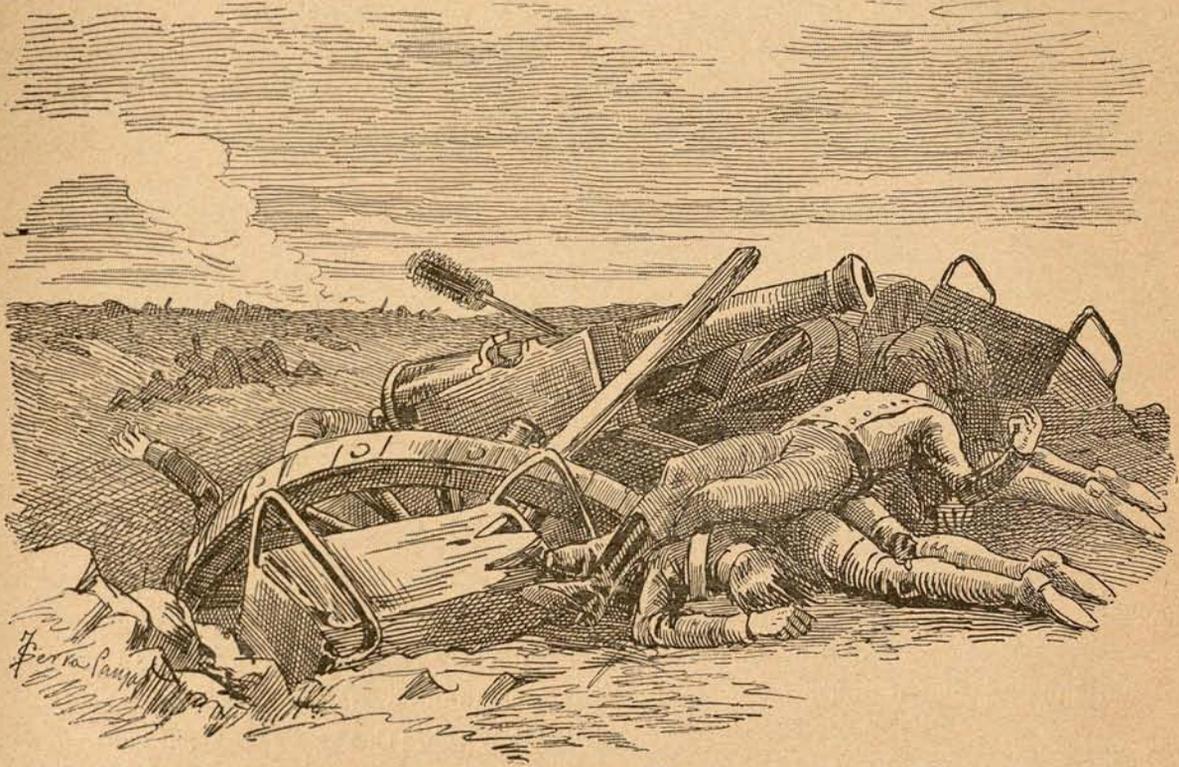
Efectivamente, pusiéronse las órdenes al momento.

## V

Los cuatro militares llegaron á Bayona á últimos de diciembre.

Saligny había envejecido mucho, pero no así los otros tres, para los cuales la campaña de Rusia parecía haber sido únicamente un fortificante régimen para engordar.

El marqués de Lagarde se había visto imposibilitado de poder tomar parte en la guerra con Alemania á pesar del empeño del mariscal Davout en llevárselo consigo. El motivo de semejante abstención era el mal estado de salud de Diana de la Chategneraie, á quien los médicos habían recomendado el clima de Cannes ó Mentón, en atención á los temores de una enfermedad de pecho.



...todo lo ocurrido desde el día fatal que atravesaron el Niemen...

Saligny creyó de su deber no abandonar á aquella desgraciada en tan triste situación, y por eso rehusó las proposiciones del ilustre príncipe de Ekmülh, con el cual había contraído viva amistad en el trayecto desde Berlín á París.

En cuanto á la Fanfare, estaba cansado, y prefirió la tranquila existencia de la vida de guarnición que no ir á recoger lauros en Bautzen, Lutzen y Wurtzen para tener que trocarlos en Leipzig por la más espantosa derrota. Guyon acababa de salir de un manicomio, trastornada su razón por las escenas de la retirada, y Maupin había podido librarse de que Larrey le cortase un par de miembros, gracias á que le habían dejado en un pueblecillo de Polonia, hasta donde no alcanzaba la cuchilla del eminente operador.

Al verse de nuevo los cuatro amigos dentro de las

murallas de Bayona, parecióles que había sido un sueño todo lo ocurrido desde el día fatal que atravesaron el Niemen, frente á Kowno, para entrar en Rusia.

## VI

Harispe y sus ayudantes consiguieron en breve levantar el paisanaje.

El digno general se creía vuelto á los heroicos tiempos de la república, cuando la patria en peligro le había encargado rechazara la invasión del sur.

Pero ¡ah! no respondían ahora los pueblos con el entusiasmo de cuando combatían por la salvación de la república, de la libertad y de los derechos conquistados. ¡Cuánta diferencia!

En 1793 y 1794 estaba interesada la nación entera: en 1813 un partido.

Con todo, aun había quien sentía alguna simpatía por Napoleón, y gracias á esto, y gracias sobre todo á la confianza que inspiraban los jefes encargados de la organización, pudieron formarse varias partidas harto militarizadas, sin embargo, y faltas de la iniciativa peculiar á las nuestras.

Eran *guerillas*, según escribían ellos: esta *erre* de menos señala una diferencia capital entre unas y otras.

Podrá parecer pueril esta observación, pero acusa una parodia en vez de una identidad.

Además, no estaban al frente de las partidas gentes del país, sino que las mandaban jefes que llamáramos *cuneros*.

A pesar de no ser partidas de *húsares*.

Además, ¿qué motivos tenían los *gros bonets* de los pueblos para estar irritados contra los invasores, como sucedía aquí?

La disciplina de las tropas aliadas era prodigiosa, llegando de puro meticulosa á hacerse insopor- table.

Todo se pagaba en buena moneda, á nadie se faltaba, los soldados semejaban ser cartujos y los oficiales y jefes parecían tener miedo de molestar haciendo ruido: tanto era el comedimiento, la urbanidad y reserva de los ejércitos que acaudillaba Su Gracia el duque de Ciudad Rodrigo.

## VII

El 1.º de enero de 1814 se encontraba la Fanfare en San Juan de Pie de Puerto, cuando le avisaron que por uno de los valles iba á desembocar un fuerte trozo de la división Mina.

El comandante salió al frente de una columna provista de artillería de montaña y tomó posiciones en las cumbres de los dos cerros que formaban dicho valle.

No tardó en romperse un vivo fuego entre ambas partes, pero por desgracia la artillería de campaña, hábilmente colocada, contuvo la embestida de los españoles.

Algunos soldados del batallón de Daroca seguían adelantando, sin embargo, á pesar de verse casi cortados.

La Fanfare, que veía con asombro aquel avance temerario, iba á mandar hacer una descarga cuando de pronto dió la voz de: —¡Alto el fuego!

Los españoles, sorprendidos, se detuvieron á su vez, y con pasmo, tanto de su parte como de los franceses, vieron que el comandante napoleónico se adelantaba y se adelantaba también ¡el músico! que servía de jefe al grupo de los invasores, abrazándose ambos estrechamente y exclamando:

—¡*Firmin!* ¡*Oh mon cher Firmin!*

—¡*Monsieur Fermin!* ¡Amigo M. Fermin!

—¿No os parece que no vendría mal celebrásemos un pequeño armisticio?

—Con mucho gusto, mi comandante.

—En ese caso, ¡*descendez-armes!* ¡*Armes á terre!*

—¡Descansen! ¡Pabellones!

## VIII

Españoles y franceses dejaron sus armas, estupefactos al ver las cordiales muestras de desinteresado afecto que mutuamente se prodigaban ambos caudillos.

—¡Vaya un encuentro!—exclamaba la Fanfare. Á poco más me ocasionáis un irreparable disgusto, mi estimado joven. Figuraos cuánto no hubiera sentido haber tenido la desgracia de despacharos, como iba á suceder sin remedio si no os llego á reconocer. Y ¿qué tal? ¿Qué se hace por aquí? ¿Dónde dejasteis á aquella hermosa chica? No os volví á ver más desde Wilna. ¡Cuántos trabajos, voto al demonio! Os confieso que desde entonces le tomé un aborrecimiento espantoso al frío. Por eso no quise volver luego á Alemania, á pesar de ser un país esencialmente mtsical, y preferí agazaparme en Perpiñán, que es como estar en España. ¡Oh! ¡España! ¡Clima delicioso! ¿Cuándo acabaremos de estar en guerra, mi querido artista? Os confesaré que creo que el emperador está perdido... En fin, dichoso el día en que no andaremos más á linternazos. ¡Es horrible! Pero ¿qué queréis esperar de un hombre que define la música diciendo que es el menos desagradable de los ruidos? ¡Estos valles, estas montañas protestarían de tales palabras si tuviesen manera de escribir una sinfonía! Ya que no pueden ellos, hacedlo vos. Figuraos qué efecto produciría un andante que expresase la tranquila apacibilidad de estos Pirineos; luego un *largetto* figurando una pastora que apacienta por aquí sus ganados; después un *allegro feroce* que tradujese en sonidos el fragoroso estruendo de la tempestad, y finalmente podría venir otro

*allegro moderato* basado en el casamiento de la pastora con el gallardo pastor.

Fermin, apabullado bajo aquel torrente de palabras, procuró recordar algo de lo que le había preguntado M. la Fanfare y contestó:

—Gracias por vuestra confianza en mis luces mu-

sicales, pero debo deciros que desde Wilna no he vuelto á tocar más. La gitana se me escapó en Kowno y no he vuelto á saber más de ella. Embarquéme en Riga con el general Miranda, y una vez en la península me incorporé á la división del general España, con el cual entré en Pamplona. Visto



—¡Je, je, *mon cher petit ami!*

que allí no había nada que hacer y que era excusado en pensar en música, me fui con Mina, y hoy intentábamos apoderarnos de San Juan de Pie de Puerto, lo cual hubiéramos logrado, de seguro, á no ser vos uno de los que se han opuesto á ello.

La Fanfare saludó cortésmente al valeroso vencido, en actitud semejante á la del marqués de Espinola, recibiendo las llaves de Breda de manos de Justino de Nassau.

## IX

Fermin cogió á la Fanfare por una mano y le dijo:

—Comandante, toda resistencia contra nosotros es inútil. Desengañaos: la estrella de Napoleón se ha apagado ya para siempre.

—No os diré que no; pero ¿qué queréis que hagamos?

—¡Demonio! ¡Lo que estamos haciendo ahora! Un armisticio.

—Creed que por mi parte sería cosa que me dejaría encantado; pero como no soy duque ni mariscal, sino un simple comandante...

—Verdad es, mi buen M. Fermin. Ya sé que si de vos dependiese...

—¡Oh! ¡Si de mí dependiese! Entonces no habría más contiendas que los pacíficos certámenes de las bellas artes: los campos de batalla serían los teatros y museos. ¡Ah! ¿Por qué no me hizo nacer Dios bajo el reinado de un León X ó de un soberano como vuestro Fernando VI? Por cierto, Fermin, que, ya que estamos hablando de reyes, os podré dar noticias de nuestro interesante huésped de Valencey.

—Excusad el molestaros.

—Bien, bien, como gustéis, *mon petit ami*. Sin embargo, quizás os hubiera alegrado saber los bue-

nos términos en que están vuestro excelente príncipe y mi augusto emperador.

—No: creed que me trae sin cuidado, pues nosotros dependemos tan sólo de la Regencia, que á estas horas y juntamente con las cortes debe estar ya instalada en Madrid.

—Perfectamente: creo que por hoy la conferencia ha sido ya bastante larga.

—El tiempo siempre parece corto hablando con vos, mi espiritual M. de la Fanfare; pero creo que tendremos ocasión de vernos á menudo.

—¡Ah, sí! Contad con que todo esto va á acabar pronto.

—¿Y cómo acabará?

—¡Je, je, *mon cher petit ami! Rira bien qui rira le dernier.*

—En ese caso, estad seguro de que nos reiremos nosotros hasta desternillarnos de risa.

Los dos amigos se separaron después de darse de nuevo las más afectuosas pruebas de mutua estimación. Los franceses regresaron á San Juan de Pie de Puerto y los españoles se retiraron á la otra parte de la frontera, esperando nueva ocasión de meterse por aquellos valles.

Así se pasó todo aquel, mes. Wellington, circunspecto siempre, no quería internarse sin estar seguro de la solidez de las posiciones que una tras otra iban cayendo en su poder.

## X

Poco después de haber las tropas anglo-hispano-lusitanas invadido los departamentos del mediodía de Francia, llegando hasta Bayona, penetraban por el norte y el este los ejércitos coaligados de Rusia, Prusia y Austria, cruzando el Rhin por tres puntos.

En Aguenau, Colonia, Treviso, Espinal, Forbach, Nancy, Langres, Dijon, Toul, Chalons y Bar de l'Anne acampaban los implacables enemigos del improvisado emperador. Joaquín Murat, el verdugo de Madrid, hecho de golpe y porrazo rey de Nápoles, porque así le había dado la gana á Bonaparte, volvía sus armas contra él y mandaba 30,000 napolitanos á unirse al ejército que marchaba contra Francia. Finalmente, Augereau, duque de Castiglione, aquel villano verdugo del inmortal Álvarez de Castro, amenazaba con entregar Lyon á los aliados, como así lo hizo, efectivamente.

